

LA PREFERIDA

1.

(Caminan por una calle de barrio, tipo Barracas. Osvaldo es más bien feo y oscuro. Juan José es bien parecido, grandote, alto, blanco, tiene abundante pelo suavemente ondulado, ojos claros, es más bien rubio, de cara dulce, dientes parejitos y sonrisa fácil, amplia y algo seductora. Viste en esta escena de un elegante sport. Los dos son íntimos amigos y tienen unos 35 años).

Osvaldo: Te conocí muchas novias, Juan José...

Juan José: Pero ésta me agarró en serio. Últimamente me pasan cosas raras, Osvaldo. Una, enamorarme de Cristina. Fue fulminante. Y mirá que tengo calle... y minas... Pero ésta me bloqueó. Hacía años que no me pasaba. En Económicas, ¡qué delirio! Yo alumno y ella auxiliar docente. Linda, brillante, vivaz, me flechó. ¡Con esa risa! Lo que no hice por conseguirla. ¿De qué me iba a mandar la parte yo, con 35 años, cursando materias de 2º, frente a ella, la piba joven y brillante que ya se había recibido y daba clase? La jugué del hombre maduro, que está de vuelta, cínico, bah de todo la jugué, pero ella se dio cuenta enseguida... y bueno ¡aquí estamos!

Osvaldo: ¡De verdad, fulminante, como vos decís!

Juan José: Apenas la vi en la Facultad dando clase como profesora ayudante, una pendeja tan joven, tan linda y tan inteligente, era perfecta para mí, me encantó, me propuse conquistarla... y lo logré, estamos viviendo juntos ya hace un mes en Lugano, en un departamentito... ahora tengo que conseguir laburo, el viejo de ella es empresario y ella le pidió que me ubique...

Osvaldo: Cristinita... bueno, te la merecés... te vas a tener que formalizar, Juan José, vos que siempre fuiste tan libre... *(para en la esquina, hace ademán de ir para otro lado que Juan José)*... bueno, me

voy para la casa de los viejos, hoy es el cumple de la vieja y nos reunimos todos...

Juan José: ¡Upa! ¡Qué recuerdos me traés! De chico me pasaba la mitad de la vida en tu casa, con tu vieja y tus hermanos, comiendo las tortas fritas que ella hacía...

Oswaldo: Tortas fritas día y noche, hermano, ¡qué pobres éramos! ¡Y cuántos! *(lo dice con alegría, sin queja)* Ustedes en cambio eran poquitos, tres nomás, cuando yo iba a tu casa tu vieja me parecía una reina y vos un príncipe... tu viejo siempre laburando con el taxi...

Juan José: ... y sigue... La vieja siempre fue ambiciosa, es muy capaz y además tiene una pinta bárbara, quiso tener un solo hijo y hacerlo a su medida: ese fui yo, impulsado a trepar hasta el cielo. Pero a vos te adoraba, eras mi amigo, mi íntimo amigo...

Oswaldo: Y si... no creas que me olvido del proyecto que tenemos, de hacer algo juntos ¿eh? de poner la sandwichería... Pero no es el momento, vos te estás formalizando... yo me prepararé... no estudié nada pero sé de albañil, carpintero, herrero, electricista, plomero ¡de todo!

Juan José: *(despidiéndose)* Increíble... dale un beso a tu vieja de parte mía, decile que la recuerdo... pero me tengo que ir... hoy va a Cristina a casa de mis padres por primera vez y la tengo que pasar a buscar...

Oswaldo: *(con cariñosa ironía)*... ¡son obligaciones! ¡Chau!

Juan José: ¡Chau querido!

(Juan José y Oswaldo se van caminando, cada uno por su lado).

2.

(Sucede en el living comedor de la casa de los padres de Juan José. El ambiente es modesto pero digno y limpio. La mesa está prolijamente puesta y de la cocina viene sonido y perfume de salsas fuertes y frituras recién salidas de la sartén. Están sentados en sillas cercanas Juan José y Cristina, y Deolinda, la madre de Juan José. Es de noche. La mesa está

preparada para que coman cuatro personas. Hay un clima de tensión: Remigio, el esposo de Deolinda, está llegando tarde.

Deolinda es una mujer boliviana pero blanca, con una belleza extraída de un origen mixto indígena y español, una boliviana que no lo parece, salvo en sus ojos oscuros y rasgados, que añaden belleza a su cuerpo y a su rostro, que ya la tienen de por sí. Es sensual y parece ambiciosa. Está vestida con un atuendo sobrio que resalta su figura y su tez.

Cristina, de unos 30 años, es femenina y graciosa, decidida: sabe lo que quiere. Es más bien alta, rubia, de buena figura, pero no una barby: su andar es algo desaliñado y desprolijo. Ella está bien vestida pero ligeramente casual. Cristina y Juan José están bastante pegados y parecen muy enamorados.

La conversación se desarrolla de un modo que se ve que Cristina y Deolinda han entrado en confianza).

Deolinda: ... es que sabíamos que era bella, Cristina, pero no imaginaba tanta hermosura...

Cristina: Gracias, usted también es una mujer muy atractiva, Deolinda.

Deolinda: Sí, hijita, lo fui, lo fui, pero los años pasan...

Cristina: Sin embargo, no parecen haberle dejado huella.

Juan José: Es verdad, madre es joven todavía. Me tuvo de muy niña. Y además está bien conservada ¿no es verdad?

Cristina: Claro que sí.

Juan José: (*mirando el reloj*)... el que no llega es Remigio... a esta hora...

Deolinda: ... ya tendría que estar en casa hace tiempo. Él deja el taxi en el garaje a las siete de la tarde todos los días. Remigio es muy trabajador y a veces...

Cristina: No se inquiete, Deolinda, esperaremos...

Juan José: Pero es que la comida...

Deolinda: Eso, hijo, la comida puede pasarse. He hecho para ti, hijita... ¿me permite que la llame así?

Cristina: Por supuesto, Deolinda, y si puede tutearme...

Juan José: Es difícil para la mamá tutearte, Cristina.

Deolinda: Bueno, pues, decía que he preparado en tu honor, hijita, los platillos bolivianos que mejor sé cocinar. Son comiditas cochabambinas, de ahí somos nosotros, tú sabrás, y allí, así dicen, se come sabroso...

Cristina: ...y con mucho picante...

Deolinda: Así es, hijita, con mucho picantito pero hoy le he puesto poco y suave...

Cristina: Lo siento por ustedes (*se ríe*).

Juan José: Aquí están todos para servirte, mi amor.

Deolinda: Así es, de verdad. Siempre soñé para mi hijo una novia como tú, bella, inteligente, fina...

Cristina: Gracias, pero no es para tanto, y además Juan José también tiene lo suyo.

Deolinda: ¿No es verdad que Juan José es bonito también? ¿Y que tiene un carácter parejito y dulce? Él siempre enloqueció a las chicas, pues. Cuando salía del colegio, tenía 5 ó 6 años, yo lo iba a buscar y las nenas lo miraban: “¡Juan José!” y revoleaban los ojos y las cinturitas. “¿Ya tenés novia?” le preguntaba yo. “Tengo muchas, mamá. Casi todas son mis novias”, me contestaba. Y yo me reía y lo besaba.

Juan José: (*sonriendo*) ¿Porqué no cambiamos de tema?

Cristina: (*riéndose francamente y mirando con ternura a Juan José*) Eso no lo sabía... pero es verdad... el día en que lo vi en la clase ya me gustó y luego, cómo me habló, qué respeto, pero con un poquito de gracia. ¡Al diablo con todas las ideas que tenía en la cabeza sobre la pareja ideal! Me zambullí de cabeza, y “Cristinita calmate, Cristinita calmate, ¿dónde vive, Cristinita? ¿Qué hace, Cristinita?”... nos mudamos juntos ¡qué descaró... en casa todavía ni lo conocen, pero les va a caer muy bien! Ya papá lo encaré a propósito delante de mamá: “Papá, tenés que conseguirle un trabajo a Juan José, no importa que no gane mucho, pero en un lugar con futuro. Mirá que es inteligente...” ¡Qué difícil! Pero yo y mi viejo somos uno, y allí va a estar Juan José con su empleo, bien cerca

del directorio, para que pueda mostrar lo que sabe ¡y sobre todo lo que quiere progresar!

Deolinda: Es verdad, tiene mucha personalidad y es muy emprendedor, tiene iniciativa... sí, me dijo que están por recomendarlo para un trabajo formal, de oficina... va a subir rápido, como un pájaro, o se va a ir por la ventana, porque él está hecho para volar, para gozar... Salió a mí...

Juan José: ... bueno, bueno...

Cristina: *(lo mira arrobada)*...no lo vamos a negar...

Juan José: *(interrumpiendo)* Me parece que es Remigio que está abriendo la puerta... ya son las nueve, no entiendo...

Deolinda: ... ojalá no le haya pasado nada al pobrecito, es tan trabajador...

(Aparece Remigio, con una bolsita de supermercado en una mano y las llaves en la otra. Es el típico boliviano que llamamos "coya". Está de traje pero su peinado y su ropa están algo desaliñados. Su andar y su dicción revelan que ha ingerido algo de alcohol. Nada grave, pero la ocasión no tolera ese desvío).

Remigio: Buenas tardes, señorita Cristina.

Cristina: *(se para y avanza hacia él)* Buenas noches, Remigio, mucho gusto.

Juan José: *(Juan José y Deolinda se miran, ambos están desesperados aunque no lo demuestren)* ¿Te sentís bien, Remigio? ¿Preferís acostarte?

Remigio: No hijo, gracias. Estoy cansado pero estoy bien. Y muy honrado de conocer a la señorita Cristina. Aquí mucho se ha hablado de usted, señorita Cristina...

Deolinda: *(interrumpiéndolo)* Remigio, te noto mal. Yo te conozco. No creo que esta noche la pases bien cenando con nosotros. Cristina comprenderá si...

Remigio: *(tambaleándose un poquitín, avanza hacia la silla que le estaba destinada y dice con acento un poco más agresivo que lo normal:)* No seas

insolente, mujer. Dejame disfrutar de la belleza de esta hijita que ha venido a visitarnos...

Cristina: *(bastante cortada por lo que está sucediendo)* Gracias, Remigio... pero si es por mí, si usted se siente mal, por favor no...

Juan José: Eso, padre, oye lo que Cristina dice, si te sientes mal no tienes porqué quedarte, ocasiones sobrarán...

Deolinda: Sí, Remigio, sobrarán ocasiones, ven conmigo, te acompañaré, Remigio...

Remigio: Pero es que de ninguna manera me voy a ir... *(dirigiéndose a Cristina un poco demasiado zalamero y locuaz)* Dígame señorita ¿qué le parece a usted de nuestro hijito?... ¿Quién iba a decir, no, quién iba a imaginarse, que de un pobre boliviano de Cochabamba iba a salir Juan José? La vida es así, puro azar, y el que ayer estuvo abajo hoy arriba puede estar, señorita. Pero él hechura de su madre es... *(Habla exactamente como si estuviera solo, bien entusiasmado. Tiene una gran oratoria y el alcohol en este aspecto lo ayuda. Deolinda y Juan José lo escuchan con temor, esperando que se calle o intentando acallarlo)* A Deolinda la conocí cuando tenía 16 años, señorita, ella para mí fue desborde de felicidad y de libertad, señorita. Eso en mi casa no existía, risas, ojos que me decían que alguien creía en este indio. A ella me uní desde temprano, señorita... para el bien y para el mal. Es una diablita imparables, ambiciosa, sabia, terrible, generosa, pendenciera y tierna. Juan José nació de ella, señorita. Tiene su blancura, sus ojos claros, su viveza y su energía. Nada más quería Deolinda que tener un hijo para ella. Fue varón, como ella, fue blanco y buen mozo como ella, y como ella aprendió a maniobrar en el mundo. Ellos dos tienen una historia común. Yo... señorita... sigo siendo un hijo de chacareros cochabambinos, aunque tenga un taxi y mande a mi hijo a la universidad.

Juan José: ¡Por favor, papá!

Remigio: (*Esta interrupción lo pone violento. Poniéndose de pie, trastabillando luego, y enojándose dice*;) ¡Lo de siempre, señorita! La madre y el hijo contra el padre! ¡¿Qué culpa es la mía, señorita, si soy un hombre humilde, de piel cobriza casi negra y soy bien boliviano, sí señor, bien boliviano, indio, mestizo, sí señor?!

Deolinda: ¡Cállate, por Jesús, la virgen y San José!

Remigio: Que me calle, que me calle, siempre he de callarme porque soy un indio de mierda, y hoy que viene la señorita rubia y blanca con el nene, que blanco y rubio también es como su mamá, el indio tiene que callarse e irse a la cama... Sí, señorita Cristina, pero antes yo quiero que usted sepa...

Cristina: (*asustada y amable*) Sí, Remigio, lo escucho, lo escucho, pero no se ponga mal, Remigio...

Juan José: (*se incorpora y lo toma a Remigio del cuello, entre amigable y violento*;) ¡Basta, padre!

Remigio: (*se tambalea bajo la presión del brazo de su hijo*)... quiero que usted sepa, señorita, que todo lo que usted ve aquí, todo, la comida que está en la cocina y todos estos muebles y también esta humilde casita, los compró este indio con mucho sacrificio, señorita, con mucho sacrificio... mi novia es el taxi, señorita... Mis padres tenían callos en las manos del cultivo de la chacra, poco dinerito les quedaba pero se llenaban el estómago comiendo las papas que producían. Con las manos así, señor, nada fino podían hacer mis padres y me hicieron a mí. Mi hermana Soledad, que abrió el camino, murió cuando tenía tres años y yo fui el fruto de la tristeza y el llanto. Después de mí vinieron ocho más, y yo en la penumbra de la pequeña choza aprendí a ver cómo se hacía un hijo. De mi familia recuerdo los ojos rencorosos, la furia contenida, las imprecaciones contra un cielo siempre amenazando la cosecha con sequía o inundación, la sequedad de las callosas manos que nunca acariciaban pero pegaban duro, el reparto desigual de bocados a la hora

del almuerzo y la cena, y las tristes noches secas. Otro hubiera sido mi destino sin Deolinda. Pero con su impulso saltamos a Buenos Aires, empezando en lo hediondo. Ella siempre sacaba partido aún de la basura. Trabajé mucho y de todo hice. Progresamos. Alguito robamos también, pero lo más fue fruto del esfuerzo y las ganas de subir. El taxi fue un gran trampolín. Para el amor teníamos las manos delicadas, señorita.

Deolinda: *(también se incorpora y ayuda al hijo a llevarse al padre al dormitorio)* Es cierto, mi querido, es cierto, ahora vamos a descansar, mi queridito, que Juan José y Cristina van a comer las comiditas bolivianas que les preparé y vos, mi queridito...

(Entre Deolinda y Juan José, Remigio se va alejando con dificultad. Cristina queda sola).

Remigio: Adiós, señorita, adiós, mis respetos, señorita Cristina, disculpe, señorita Cristina...

Cristina: *(todavía asustada)* Adiós, Remigio, adiós, que descanse...

3.

(La escena comienza en una calle del microcentro. Cristina con varias cosas en las manos, avanza rápidamente hacia la oficina de Miguel, su padre. Se la ve determinada, apurada y nerviosa. Ella llega, sube por el ascensor, con su propia llave abre la puerta y sigue derecho hasta el escritorio de su padre pero la secretaria de éste, al verla la saluda - Cristina casi no la saluda - y rápidamente avanza antes que ella para abrirla la puerta e introducirla como es su obligación.

Luego entonces la escena se desarrolla en la oficina de Miguel. Es la oficina del dueño de una Pyme, amplia, con luz, muebles setentistas. Es de tarde, más o menos las 17 horas. Miguel es un hombre de unos sesenta años, más bien alto que bajo, muy prolijo y tradicional en su vestimenta. No es lindo ni elegante pero le gusta vestirse bien, con formalidad, y eso le sienta. Está solo, sentado frente a su escritorio, hablando por teléfono y

examinando unos papeles que tiene delante. De pronto, la secretaria abre la puerta y dice “señor, es su hija”. De inmediato entra Cristina muy decidida. Lo que deja ver que Cristina iba a entrar sin anunciarse y que la secretaria hizo lo posible por interponerse entre ella y la puerta de la oficina de Miguel. Miguel queda sorprendido. Dice a su interlocutor telefónico algo así como que lo llamará en un rato corto. Y termina la comunicación. Se para y avanza hacia su hija. Cristina entra con algunos objetos en la mano: unos papeles y dos juegos de llaves).

Miguel: *(Va a decir algo pero Cristina se le adelanta).*

Cristina: *(Avanza rápidamente al escritorio de Miguel y deja sobre él los dos juegos de llaves y los papeles)* ¡Hola padre! ¡Aquí te traigo todo ¿eh?!

Miguel: *(con angustia)* ¿Todo qué, nena? No entiendo nada...

Cristina: Todo lo tuyo, padre. Las llaves de tu casa, las llaves de tu auto y la autorización para girar sobre tu cuenta de afuera... ¡todo!

Miguel: ¡Pará, vamos por partes!

Cristina: ¡Por partes, nada! Ya es el colmo, hace un montón me prometiste delante de mamá que ibas a recomendar a Juan José para un trabajo y ahora me entero que hiciste entrar de cadete a un compañero de Daniel, del curso de ingreso de la Facultad, que ni él sabe quién es, ¡y en cambio de Juan José, que te lo recomiendo yo, es mi pareja... nada!

Miguel: No es tan fácil, nena, no es tan fácil. Vení, sentate *(no lo logra, él se sienta pero ella sigue de pie)*. Primero y principal, no te compares con tu hermano, vos sabés bien que siempre fuiste mi mimadita, que estudiaste Económicas para que un día estés aquí sentada donde estoy yo... Pero una cosa es un puesto de cadete para un amigo de Dani y otra lo de tu novio. No le puedo conseguir cualquier cosa a él ¿me entendés? Y encima todavía no lo conozco... Ustedes están conviviendo... no sé... Te fuiste hace un mes... No lo conocemos.... Vos decís que es recomendable y te creo pero no lo conozco y me dijiste que... viene de otros ambientes que no son los nuestros, chiquita, no es fácil, entendeme...

Cristina: *(rabiosa)* ¡No lo conocés porque nosotros decidimos cuándo queremos conocer la familia del compañero ¿entendés?! ¡Somos grandes y eso de las presentaciones no va, ¿o querés que te pida mi mano?! *(Cambia el tono de la voz y de la reunión)* Pero escuchame papá, esto es algo muy serio. Para mí es muy importante. Necesito *(remarca el "necesito")* que le consigas un puesto a Juan José, a mi novio. Él estudia en Económicas y es muy capaz. Esto es re importante para mí, no es cualquier cosa. Yo te lo recomiendo porque lo conozco y vos confiás en mí. *(Ahora con mucha firmeza, casi enojada)* Papá, necesito tu ayuda, vos sabés quién soy yo, como hija y como profesional. Si te lo recomiendo a Juan José es porque...

Padre: *(sin mirarla)* Nena, vos sabés que yo para recomendar... Me tenés que entender. Mis empresarios amigos son todos clientes o proveedores y no puedo dar el lujo de un paso en falso... yo vengo de abajo, mi padre no era nadie, me hice solo, no me puedo equivocar porque entonces todo el sacrificio...

Cristina: *(enojadísima, lo interrumpe)* ¡Basta con ese verso que me lo has recitado toda la vida! ¡Ya sé quién sos, no necesitás decírmelo! ¡No le vas a conseguir nada y yo sé porqué!

Miguel: ¿Qué decís?

Cristina: Porque es hijo de bolivianos.

Miguel: ¡Por favor!

Cristina: Y porque me fui a vivir con él sin pedirle permiso a papito... *(Comienza a caminar, amaga retirarse de la oficina y cambiando de tono, con ironía:)* Pero no importa, si Juan José y yo ya lo solucionaremos solos... ¡Ah y no te olvides de llamar al operador para que me dé de baja en la cuenta! ¡Chau!

Miguel: ¡Pará, querida, pará, te dije! Sentate y hablemos... *(le señala los sillones)*

Cristina: *(sigue avanzando hacia la puerta)* Ya lo hablamos, papá, ya hablamos todo lo que hay que hablar...

Miguel: Escuchame, Cristina, por favor, no te vayas, esta noche o a más tardar mañana vas a tener noticias... Voy a hacer un gran esfuerzo y espero que todo vaya bien...

Cristina: *(Sigue saliendo, como si estuviera apurada)* Llamame, daddy, y *(como cantando una melodía)* amigos como antes *(abre la puerta, coquetamente le tira un beso y se va)*.

Miguel: *(parado en medio de la oficina)* Chau, nena, chau.

4.

(Un modesto departamento de dos ambientes, en un monoblock. Lo que se ve por las ventanas es un entorno también modesto, tipo Lugano 1 y 2. no concuerda con el perfil de Juan José y Cristina, que dan para más que Lugano 1 y 2. Ellos están en el baño, él en pijamas lavándose los dientes frente al espejo y el lavatorio, ella en camisón. Es de mañana).

Cristina: ... al viejo le cuesta recomendar a alguien que no conoce, porque eso tardó, pero al fin lo hizo, es que no me podía negar eso a mí...

Juan José: *(habla con gracia, aunque se está lavando los dientes y tiene dentro de la boca agua y pasta dentífrica)* La nena defiende a Miguelito, a su papito... ¡Dale, Cris, qué complejo tenés con tu papi ¿eh?! Así nunca vas a conseguir un marido ¿eh? Ni siquiera un novio...

Cristina: *(más enojada aún)* Escuchame, no te voy a permitir que digas eso. Yo soy muy independiente, lo fui siempre, en cambio conozco algunos... que todavía van a que la mamá les haga la comidita que a ellos les gusta...

Juan José: *(simula romper en dos con bronca el cepillo de dientes)* ¡Pero carajo! ¡Lo que hay que oír ahora! La nena que se desvive por el papi criticando al novio que hace un mes que no ve a la madre...

Cristina: *(queda estupefacta cuando cree que Juan José rompió el cepillo. Cuando se da cuenta de que no es así, se recobra y dice alzando mucho la*

voz) ¡No la verás porque sos un egoísta, pero que la tenés de ídola, la tenés de ídola! Como casi todos los hombres, maderos...

Juan José: *¡Y las nenas con sus papis, siempre, nunca encontraron un hombre que fuese como su papi! ¡Callate por favor!*

Cristina: *(se calla. En silencio se acerca para compartir el espejo del baño y arreglarse)*

Juan José: *(también se calla. Se corre un poco)*

Cristina: *(comienza maquillarse. Un bretel de su camisón se desliza del hombro.)*

Juan José: *(la mira por el espejo).*

Cristina: *(se sigue maquillando. El bretel baja más. Ella coquetea un poco haciéndose la enojada).*

Juan José: *(la mira pero no se mueve)*

Cristina: *(sigue coqueteando sin dirigirse a Juan José, mientras se maquilla y se arregla el pelo. Se pone perfume).*

Juan José: *(se pone un poco detrás de Cristina. Se acerca y pone la mano sobre su hombro).*

Cristina: *(se retira un poco pero se sonríe) Salí madero...*

Juan José: *(se sonríe y la besa en el hombro. Su mano avanza. También su cuerpo).*

Cristina: *(se va dando vuelta para enfrentar a Juan José).*

Juan José: *(la besa con voluptuosidad).*

Cristina: *(comienza a sacarle el pijamas)*

5.

(Oficina hipermoderna y lujosa que comparten las dos secretarias privadas del presidente de la compañía.

Un escritorio está ocupado por María Luisa, una de las secretarias. Elegante, impecable, tiene unos 35 años.

Entra Cristina, la otra secretaria, da un rodeo para darle un cariñoso beso a María Luisa).

Cristina: Hola, mi querida, ¿cómo estás? Llego tarde... ¿pasó algo?

María Luisa: Así que te lo tenías guardado... ¡No me contaste nada!

Cristina: *(Se sorprende, se da cuenta de qué le está hablando)* No le contamos a nadie... ¿Cómo te enteraste?

María Luisa: Llamó tu papá...

Cristina: ¿Qué dijo?

María Luisa: Bah, ¡contame ya! Mirá como estas mi amor, divina...

Cristina: ¿Divina? Si salí a los tiros... ahora te cuento...

María Luisa: ¿Puedo decirte algo? Estás linda, estás contenta, estás inteligente, el presidente te adora, todos te adoramos. ¿Te das cuenta del momento que estás pasando?

Cristina: Es que... ¡encontré *mi* pareja! ¡Esto sí que fue amor a primera vista! ¿Te acordás del muchacho que era mi alumno en Económicas, que empecé a salir con él?

María Luisa: *(se muda a un asiento al lado de Cristina)* ¡Cómo no voy a acordarme! ¡Juan José! ¡Contame más!

Cristina: Mirá: tiene cinco años más que yo, es cariñoso, inteligente, buen mozo, sociable, divertido, estudia para contador y... está un poquito atrasado comparado por ejemplo con nosotras dos, que somos unos monstruos...

María Luisa: ¡Con razón estás tan bien y llegás tan tarde!

(Ambas se ríen. María Luisa abraza y besa a Cristina).

Cristina: Bueno, todo lo bueno ya te lo conté, de mi amadito, mi hornerito... Pero hay algo que me preocupa...

María Luisa: ¡Ya lo sé, te conozco, te preocupa que a tu lado no tenés un ejecutivo!

Cristina: ¡Exactamente!

María Luisa: Pero mirá, a esta altura del partido, yo lo que quiero es un dulce que se ocupe de mí, que me quiera, que sea bien educado ¿qué sé yo? Lo importante, obvio, es ser feliz...

Cristina: Sí, por supuesto... pero tampoco quiero amamantar nenes, vos sabés que ya me pasó y no quiero...

María Luisa: ¡Seamos realistas, querida, dos hombres como vos y como yo no vamos a encontrar! Hoy en día no tienen ese fuego sagrado... Pensá en los hombres que nos rodean... no son malos... pero ¡no tienen fibra!
¡No tienen fibra!

Cristina: ¿Y con eso?

María Luisa: Mirá, ahora él tiene ese trabajo, observalo, ve cómo anda, cómo se mueve... no te adelantes, si lo querés...

Cristina: Bueno, gracias ¡necesitaba esta charla!

María Luisa: ¡Cada una a su escritorio, nena, hay pilas de llamadas pendientes y el jefe debe de estar por llegar!

6.

(El departamento de Cristina y Juan José en Villa Lugano. Es de mañana bien temprano, pero ya hay luz natural.

Comienza con los dos en la cama, al despertar. La persiana está semicerrada, entra alguna luz. Se oyen murmullos de conversaciones en los departamentos vecinos. Es un día laborable para los adultos y de colegio para los chicos. Se oye también alguna radio encendida que pasa noticias y música, o una televisión. En la cama, sólo sabanas: es primavera o verano. Juan José duerme en slip y Cristina con un coqueto camisón rosa bordado.

Cristina entra al dormitorio para despertar a Juan José. Está todavía en ropa de dormir y una bata, ligeras y bonitas. Se mueve con gracia y alegría).

Cristina: ¡A ver, mi hornerito, que es hora de despertarse!

Juan José: ¡Ufa! ¿Cómo está el día?

Cristina: *(acercándose, se sienta en la cama, le toma los cabellos y lo besa)* ¡Bellísimo, bellissimo, tan lindo como usted, mi amor! ¡Vamos, vamos, que hay que ir a trabajar!

Juan José: ¡Si, ya sé, corazón, hay que levantarse! ¡Ya me lo dijiste tres veces!

Cristina: (*carinosamente*)... y es que ¡hay que levantarse! Vamos todavía, mi malcriadito...

Juan José: (*sonriendo*) ¿Qué pensás hacer hoy, mi linda?

Cristina: (*Graciosamente*) Hoy, hoy, hoy miércoles... la rutina, ah no, hoy el jefe tiene reunión de directorio, así que tengo que preparar documentos para varios temitas... además su mujer viene a buscar un chequecito y hay que tenerse listo a la señora, que tiene un humor... Tengo que reservarle mesa para una comida esta noche con uno de los *partners* que vino de Estados Unidos (¿viste cómo digo *partners*, corazón?) y a la tardecita, a la tardecita, me voy de compritas con Maria Luisa... ¿qué tal, mi día? ¿Y el tuyo?... (*se interrumpe y se incorpora*) ¡pero Juan José, es tardísimo!

Juan José: (*tirándola para atrás y besándole el cuello*)... tardísimo, tardísimo ¿para qué, corazón?

(*Juan José, con cara de decepción, espera un instante y se levanta de la cama y medio a los tumbos camina hacia el baño*).

7.

(*Minutos más tarde, están tomando el desayuno en una mesita en la cocina. Juan José en slip, ella en bata de baño. Café con leche, galletitas y queso de untar. Los dos están de buen humor y comienzan hablando entre ellos cómicamente*).

Juan José: Estimada señora, en este decisivo instante debo decirle que este café está...

Cristina: ... ¡asqueroso! Sí, señor, no encontré el filtro y lo hice con el filtro del te, y claro, está lleno de borra, está...

Juan José: ... intomable, mi amor, intomable. ¿Hago otro? ¡Sí, hago otro! (*encuentra rápidamente el filtro y comienza a hacer otro café, pero mientras tanto sigue hablando*).

Pero hay algo importante atrás de todo esto... (*se pone un poco más serio*)

Cristina: Zas, se viene...

Juan José: Sí, claro que se viene, ya lo sabés, en la cancha de Cristina van "Trabajo: 5, Casa y Juanjosecito: 0", voy perdiendo por goleada, querida, ni bola que le das ni tiempo que le dedicás a otra cosa que no sea tu laburo. Y conste que no estoy celoso para nada ¿eh? Lo que pasa es que en tu trabajo, lo que vos me contás, que buscás hasta los *clips* que se caen debajo de los almohadones... en cambio acá hacés el café con el filtro del te (*cambiando el tono por uno cómico de nuevo*), café a la turca, un café criollo pero a la turca!

Cristina: Es que a mí mi papá me enseñó...

Juan José: Sí, ya sé... pero ¿porqué no aprendés de tu mamá?

Cristina: Dejala a mi mamá tranquila, ahora estamos re-bien pero somos muy distintas... A estas horas, mi papá ya está trabajando y ella está durmiendo... y después ni te cuento...

Juan José: ¡Por lo que me has contado, sabe disfrutar! La verdad, la verdad, no sé cómo siguió con tu papá...

Cristina: Cuestión de ella y de él, mi amor... Decime, ahora hablando en serio, en vez de pretender que yo imite a mi mamá, porqué vos no tomás de modelo a tu papá, que a esta hora hace rato que ya está en el taxi, o a tu vieja, que si no fuera por ella estarías repartiendo estampitas en el subte...

Juan José: Pará, pará, ¿vos viste lo que se le dedica mi mamá a mi papá? ¿Vos la viste prepararle las comiditas bolivianas?

Cristina: Si, la vi, mi amor, pero ni te sueñes que...

Juan José: ¡Ya lo sé, ni lo pretendo!

Cristina: Pero también vi cómo se dedica tu papá al taxi, lo tiene como una novia, dijo él...

Juan José: ¿Y mi trabajo? ¿Bien gracias?

Cristina: Mirá, no sé si bien gracias, pero lo que sé es que dentro de una hora tenés que fichar, y vos lo que querés es seguir aquí... Si no se apura, mi amor, va a llegar tarde al trabajo...

Juan José: ¡El trabajo, el trabajo! No sabés lo que me cuesta ir a esa empresa de mierda. (*Silencio*) Es mi... ¿cuarta semana? Y no lo quiero hacer quedar mal a tu viejo, pero me cuesta...

Cristina: Sí, ya lo noté, cada vez peor... Bueno, agradecé que lo tenés. Cuando te recibas y tengas el título, te vas a poder independizar. ¡Metete!

Juan José: Me gustaría tener un laburo como el tuyo...

Cristina: ¡Pero yo empecé temprano, querido! ¿Hace cuánto que trabajo allí? Vos empezaste tarde... No te reprocho ¿eh? ¡Yo te quiero así, mi hornerito! Divertido, sociable, generoso, buen tipo, te adoro ¿eh? (*lo besa en la oreja*). Pero ahora hay que ponerse las pilas...

Juan José: (*levantándose*) Las pilas... ¡al diablo, que la cosa se puso fiero! (*Se levanta y se va para el dormitorio*) (*Con musiquita:*) ¡Me voy a vesti-ir! ¡Hoy lavá vos las cosas, que estoy atrasado! (*Sale*). ¡Ah y acordate que después del laburo tengo clase en la Facultad!

8.

(Aula de la Fac. de C. Económicas. Inmensa, húmeda, mal iluminada, con un estrado bajo, circundado de pupitres como un anfiteatro. Una profesora da clase. Se la oye mal. Hay pocos alumnos, están dispersos. Más o menos al centro del anfiteatro está Juan José y asiento de por medio otro muchacho, Roberto. Es joven, morocho, de pelo largo, flaco, ni lindo ni feo pero con ángel, algo "pasolinesco").

Roberto: (*súbitamente se estira hacia Juan José y susurra:*) ¿Vos trabajás en una financiera de la calle Reconquista?

Juan José: (*también en voz baja*) ¿Cómo sabés?

Roberto: *(Con una sonrisa hace un gesto de “eso no tiene importancia” y dice:)* ¿Ya te llamó Ariel, el gerente, para decirte que hacés las cosas mal?

Juan José: *(Se ríe)* No, todavía no...

Roberto: *(riéndose él también)* Ya te va a llamar... y eso no es nada...

(La voz de la profesora aumenta su volumen. Uno o dos alumnos miran a Juan José y a Roberto).

Juan José: A la salida hablamos...

9.

(Juan José y Roberto van caminando por la Avda. Santa Fe, hacia plaza San Martín. Son las 7 de la tarde de un día de la semana de Navidad. Todavía hay buena luz. Mucha gente de compras. Hace calor y el ambiente es esa mezcla de ternura y estupidez propia de esos días. La luz es cálida. Hay murmullo de la gente que transita y muchos vendedores callejeros que anuncian sus productos, en su mayoría juguetes y adornos de Navidad).

Juan José: Sí, es tal cual. Me interesa saber porqué te fuiste, entonces...

Roberto: No era inaguantable para mí. Me fui. Estuve casi un mes. El último día fue cuando te vi entrar.

Juan José: ¿Y qué pensaste?

Roberto: No, nada, otro para el CEO, a lo mejor pensé, pero cada uno tiene su camino.

(Juan José está interesado en las respuestas de Roberto, las espera. Trata de escucharlas a pesar de la gente que camina por la calle. Roberto en cambio habla para sí mismo, en otra frecuencia).

Juan José: Y te fue bien...

Roberto: ¿En qué sentido?

Juan José: En que ahora estás bien, digo.

Roberto: Ah, sí, pero no pasa por ahí.

(Ambos pasan a través de gente amontonada. Hay vendedores que han puesto mercadería en la vereda. Un Santa Claus disfrazado que habla con

los chicos. Es difícil pasar pero lentamente lo logran. Juan José espera a Roberto del otro lado del tumulto. Cuando éste llega, se ponen a caminar juntos nuevamente).

Juan José: Yo estoy con un problema y no sé qué hacer. En algo tiene que ver con mi trabajo en la financiera pero es mucho más que eso...

Roberto: Si estás confundido es porque a lo mejor no te llegó el momento, pienso.

Juan José: El momento ¿qué momento?

Roberto: El de la coherencia, cuando sentís que todo tira para el mismo lado.

Juan José: Qué extraño lo que decís, disculpame, pero ¿de dónde sacaste eso?

Roberto: Una novia que tuve me enseñó mucho. Ella decía que el hombre es el único animal incoherente. Quiere arreglar cosas que ya pasaron y lograr cosas que todavía no están. Es un tironeo adentro, una confusión.

Juan José: ¿Y entonces?

Roberto: Y... hay un momento en que todo se arma... hay que esperarlo y aprovecharlo... pero lo importante no es eso...

Juan José: ¿...?

Roberto: Lo importante sería lo que tenemos ahora, esta conversación, este día. ¿Juan José era tu nombre?

Juan José: Sí, y el tuyo Roberto. Pero escuchame Roberto, vos te decidiste a irte de la financiera. Te cuento lo que me pasa...

Roberto: (*dulcemente*) ¿Es necesario? A veces pensamos demasiado las cosas. ¿Para qué me vas a contar ahora? Yo tomo aquí la combi. ¿Nos vemos otro día?

Juan José: Sí, claro, chau.

(Se despiden dándose una palmada)

(Un cadete de la empresa acompaña a Juan José a la oficina de un gerente de la empresa. Le ofrece asiento frente al gran escritorio y Ariel se queda esperando. Está inquieto, se mira las manos, mira los cuadros en las paredes.

Entra Ariel, un hombre de unos 50 años, alto, desenvuelto pero avejentado.

Juan José se pone de pie y se saludan con un apretón de manos).

Los dos casi al unísono: ¡Hola, qué tal, mucho gusto!

Ariel: Mi nombre es Ariel, Ariel Saavedra, el gerente general. A ver, usted es el nuevo... y se llama... *(revisa un papel)* ¿Juan José... González?

Juan José: Sí, entré hace más de un mes....

Ariel: *(como continuando)*... usted estudia para contador... ¿no?

Juan José: Sí... me falta... bastante...

Ariel: Ajá, ajá. Pero Contabilidad II ¿ya la dio?

Juan José: Sí, señor, ya la aprobé... hace unos meses.

Ariel: *(respetuosa pero inquisitivamente)* Y entonces ¿cómo puede ser?

Juan José: ¿Cómo puede ser qué, señor? No entiendo...

Ariel: *(lo mira fijamente a los ojos)*: ¡Cómo puede ser que haya anotado esa partida en la subclase incorrecta!

Juan José: *(un poco asustado)* ¿Qué partida?

Ariel: Cómo que qué partida, amigo, ¡la de Nestlé, nada menos que la de Nestlé!

Juan José: ¿La clasifiqué mal?

Ariel: ¡Pero claro, amigo!

(Breve silencio. Ariel se para y comienza a caminar lentamente alrededor del escritorio, pasando en ocasiones por detrás de Juan José, quien permanece sentado y girando la cabeza para ver a Ariel).

Ariel: Mire, yo quiero ser franco con usted, Juan Manuel...

Juan José: *(en voz baja)* Juan José...

Ariel: Bueno, Juan José, usted vino muy recomendadito (*no acentúa el "dito" pero tampoco lo dice en voz más baja*)... y tiene que saber muchas cosas, hoy le voy a decir dos.

Juan José: Claro que sí, señor.

Ariel: Una buena, es que esta empresa hoy es grande pero mañana será mucho más grande. El porvenir aquí es de crecimiento para todos los que saben aprovechar, naturalmente...

Juan José: Entiendo...

Ariel: La otra es que aquí las recomendaciones tienen patas cortas, luego, hay que ponerse las pilas, como dice la muchachada...

Juan José: Eso procuro, muy fuerte, señor.

Ariel: Muy bien, Juan José, quedamos al habla. (*Ya se encaminan hacia la puerta, pero Ariel interrumpe la caminata*) Y dígame ¿piensa quedarse aquí? ¿cuáles son sus planes?

Juan José: (*tira la cabeza para atrás y no contesta de inmediato*) Es una pregunta difícil de contestar así, en este momento...

Ariel: Pero usted tiene que entender que es esencial para nosotros.

Juan José: Entiendo. (*Mira el asiento en que estuvo sentado, como queriendo volver allí, pero A no recibe la insinuación. Juan José se recompone pero le toma un par de segundos el hacerlo*). Le explico. Estoy pasando un momento de mi vida en que debo tomar decisiones pero todavía estoy confundido. Todavía no sé bien qué haré. Acá estoy bien pero la cosa pasa por otro lado. Me encantaría darle una respuesta clara, pero no sería sincero.

Ariel: (*trata de disimular el enojo*). Bueno, pero éste no es un consultorio psicológico, jovencito...

Juan José: (*sereno*) Usted sabe que no soy tan jovencito, además no me cae bien esa palabra, me parece...

Ariel: Está bien, pero lo que quiero...

Juan José: Lo que quiere, señor, yo lo entiendo, pero en este momento no puedo darle la respuesta que usted quiere, lo siento.

Ariel: Bueno, bueno, nos veremos...

Juan José: Muchas gracias, hasta luego.

(Se despiden.

Se ve luego de un breve tránsito a Juan José despidiéndose con la mano de sus compañeros de trabajo y saliendo a la calle. Va a tomar el colectivo de la escena siguiente).

11.

(Un colectivo medianamente lleno. Juan José, a la salida de la oficina de la escena anterior, ha subido a él. Todos los asientos están ocupados y hay gente que viaja parada. Los pasajeros son más bien pobres. Un pasajero de pie, es un operario mal vestido, cuarentón, morocho, parece boliviano a pesar de ser grandote. A su lado, también parado, viaja Juan José.

Toda esta escena ocurre en un minuto más o menos. Sin embargo, los protagonistas y la gente en general se mueven sin brusquedad.

El boliviano escupe en el suelo del colectivo y el escupitajo, grande, queda prendido en la bocamanga del pantalón del traje de Juan José, bien visible).

Juan José: ¡Asqueroso!

(La gente de alrededor se abre, mira y rumorea. Una pasajera sentada al lado de los dos protagonistas se corre hacia el lado opuesto del asiento y mira hacia otro lado, por la ventanilla).

El boliviano: *(apenas se le entiende)*: Me salió mal... disculpe...

(El boliviano sigue mirando por la ventanilla.

Juan José deja el portafolio en el piso del colectivo, con cierto cuidado.

Toma al boliviano por el pescuezo, lo aprieta y zamarrea lentamente).

Juan José: *(lo dice fuerte y lentamente, sin gritar, como quien cumple un deber)* Negro hijo de puta, te voy a matar.

(El colectivo sigue andando unos segundos pero luego el chofer abre las puertas del colectivo. Está en Plaza Once, donde circula muchísima gente. Se baja a buscar un policía y rápidamente se da cuenta de que no hay ninguno cerca. Vuelve a subir. Mientras tanto todos los pasajeros se bajan, salvo una pareja joven que queda sentada al fondo.

Juan José sigue tomando a El boliviano muy fuerte del pescuezo.

El chofer cierra las puertas del vehículo).

Chofer: A la comisaría.

(La pareja del fondo de inmediato se para y camina hacia el chofer. Le dicen algo. El chofer para y abre las puertas, obviamente para dejarlos bajar. Se bajan.

Juan José aprovecha y suelta al boliviano, empujándolo para atrás. El boliviano cae en un asiento. Juan José se baja del colectivo).

12.

(Camina hacia el centro de la plaza. Mucha gente que pasa, hay pastores que hablan a círculos de oyentes, vendedores de amuletos y drogas naturales, etc.

Juan José se dirige a un bar).

13.

(Juan José está frente al espejo del baño del bar y se mira a los ojos. Se lava y revisa la cara, luego el traje. Se emprolija un poco, se acomoda la ropa, etc.

14.

Luego sale a la calle, da unos pasos por la vereda y se encuentra con un muchacho de su edad, aunque vestido de otra forma: ropa de trabajo más manual, no de oficina. Se abrazan. Están emocionados. Entran al mismo bar del que salió Juan José, se sientan junto a un ventanal y piden cafés).

Oswaldo: Contame cómo andan tus cosas, Juan José...

Juan José: Estoy muy bien, Osvaldo.

Osvaldo: ¿Seguís con Cristina?

Juan José: Sí, vos que me conocés no lo podrás creer: sí, sigo en pareja con Cristina, una mina bárbara, ya la vas a conocer, es un minón...

(Breve tránsito donde se los ve charlando pero no se oye lo que dicen. Se están contando sus vidas).

Juan José: De lo que no estoy contento es con mi laburo, Osvaldo, te confieso, me lo consiguió mi suegro, Cristina se empeñó toda en eso, creé que eso es una gran cosa, es una mina fina, vos me entendés, pero vos y yo sabemos que esos laburos son una cagada...

Osvaldo: ¿Y nuestro viejo sueño, Juan José? ¿La sandwichería frente a los tribunales de Lomas de Zamora? ¿Te sigue, ese sueño, porque mirá que yo no me olvido, eh? Y vos sabés que yo de gastronomía sé mucho...

Juan José: Ay, qué lindo lo que me decís Osvaldo, sí, el sueño sigue... ¡y más fuerte que nunca!

Osvaldo: *(le toma las manos entre las suyas)* ¡Entonces adelante, compañero!

(Siguen hablando y salen juntos muy decididos y contentos).

15.

(La escena transcurre en el departamento que ocupan Cristina y Juan José. Es de noche. La mesa está puesta para dos personas, pero una de ellas ya ha comido sola. Los protagonistas se trasladan, se sientan, se paran, deambulan por toda la casa – en realidad, la casa es muy chica y uno ve y oye al otro, si las puertas están abiertas, no importa dónde esté. Cuando comienza la escena, Cristina está terminando de comer una fruta y Juan José entra al departamento. Para ella no es una sorpresa. Se ve que él le había avisado que iba a llegar tarde. Pero está seria, en cambio Juan José está que salta de alegría).

Juan José: *(contento)* ¡Hola, Cristinita!

Cristina: *(seria)* Hola mi amor...

Juan José: ¿Qué dice mi chiquita? ¿Está enojada porque llegué un poquitito tarde?

Cristina: No, nada, tuve que comer sola... ¿Qué estuviste haciendo, tanto tiempo?

Juan José: Uy, uy, uy, esperá que me lavo las manos y te cuento... (*Va al baño, se lava las manos, no cierra la puerta*) ¿Hay algo para comer?

Cristina: Traete la fuente de pescado, que está dentro del horno... Se te ve contento. ¿Qué? ¿Te fue bien en la empresa?

Juan José: (*Trae la comida, se sienta y empieza a comer y beber con educación pero con apetito y alegría*) ¡Día de inmejorables noticias! Vení y traete un vaso que te cuento. A ver, por dónde empiezo, princesa, para mí tengo dos buenas, para vos una es buena y la otra... te va a costar entenderla. ¿Por dónde empiezo?

Cristina: Empezá por la buena, mejor...

(*Cristina va a la cocina y vuelve con un vaso. Se sirve cerveza y se sienta. Juan José acerca su silla a la de ella*)

Juan José: ¿Qué le dije yo, mi amor, que no la iba a defraudar, que iba a poner todo para que usted tenga lo que se merece?

Cristina: (*se va entusiasmando*) Dale, hornerito, eso ya lo sé, pero contame, contame...

Juan José: Desde que estoy con usted pienso a lo grande, y ¡hoy se me dio! (*Le acaricia el pelo y una mejilla*).

Cristina: ¡Qué suspenso, mi amor!

Juan José: Me encontré con Osvaldo ¿te acordás que muchas veces te hablé de Osvaldo, mi gran amigo del barrio, de toda la vida? Bueno, el Osva se entusiasmó con poner la sandwichería enfrente a los Tribunales de Lomas, el sueño mío que ya sabés, un negocio redondo. ¡Con lo que da eso, nos mudamos a un lugar bárbaro y a usted le doy la vida de princesa, palomita!

Cristina: (*se ríe de alegría y sintoniza con él*) Sí, la idea es buenísima...

Juan José: Allí en Lomas no hay ni para tomar un café de parado, te lo juro, va a ser...

Cristina: Pero hay que ponerlo, un negocio...

Juan José: Mirá, el local, ya lo tengo. Fuimos hoy con Osva. Camino Negro al 1100, casi enfrente, todos pasan por allí, solamente hay que cerrar el alquiler, acondicionar el local para la sandwichería y Osva, que vos sabés lo que sabe de esto, se prende conmigo, él pone el *know how* (lo aprendió en la Facultad, pero lo pronuncia mal, dice "nou jou") ¡yo pongo la guita, trabajamos los dos, sin empleados, y vamos y vamos! ¿Qué tal, papá?

Cristina: 'tá bien... y la otra noticia ¿cuál es?

Juan José: Bueno, no es mala, es buena, pero a vos, por tu carácter, no te va a gustar: renuncié al trabajo, hoy me decidí y mañana temprano mando el telegrama.

Cristina: *(ofuscada pero en voz baja, como hablándose a sí misma casi)* Ah, no, eso es gravísimo... *(baja la cabeza, hace silencio, está tocada)*. Y yo que estaba tan contenta, pero no hay caso... ya me lo veía venir... *(como despertando)* ¡Qué locura! ¿Y qué vamos a hacer ahora?

Juan José: ¿Cómo qué voy a hacer ahora? ¡La sandwichería! Escuchame: yo no nací para tener el culo en un asiento y encima para que otro gane plata con mi trabajo. Me aburrí, me harté, me embolé. Siempre me di cuenta que no estoy para esos laburos, pero probé, duré más de un mes, me felicitaron, chau, me fui, no daba más, y ¡justo hoy me encuentro con Osva y... bue, ya te lo conté! *(Se levanta para llevar el plato, vacío, y la bandeja, también vacía, a la cocina. Y de paso traer una fruta, que saca de la heladera. Pero cuando vuelve a la mesa con la fruta, pasa por atrás de donde está sentada Cristina. La toma alegremente de los hombros, la acaricia y la besa en el cuello)*.

Cristina: ¿Y la plata, Juan José? Vos sabés que mis ahorros...

(Se oye una radio, fuerte, con chamamés y noticias paraguayas)

Juan José: *(la interrumpe)* Y ahí está el punto palomita, ahí está el punto. Lo que se necesita, ya lo calculamos con el Osva, incluyendo comisión, adelanto de alquileres, reforma del local, habilitación, y la mercadería para empezar, son unos 15 mil dólares...

Cristina: ¡¡¡15 mil dólares!!! ¡¡¡Pero vos estás de la cabeza!!!

Juan José: ¡No es nada, papá! *(Cambia a un tono bajo, íntimo y cariñoso)* Mirá, sobre esto tenemos que estar muy juntitos, es nuestro futuro... nuestra pareja y hasta nuestra familia... *(silencio, Cristina se emociona)* ¿estoy exagerando?

Cristina: No, no, me emociono nomás, pero no sé qué pensar...

Juan José: Escuchame bien, yo tengo una idea, que de pique no te va a gustar, pero vas a entender que no perjudica a nadie y beneficia a todos...

Cristina: ¿La cuenta de papá? ¡Pero no, hornerito, no! *(A la radio paraguaya se suma una pelea de la pareja de arriba)* ¡Cómo joden esos! *(señalando a los de arriba)* Así nomás te lo digo, pensá que él me dio la firma de la cuenta a mí, no se la dio ni a mamá ni a su socio, que es además su hermano, ni a nadie más que a mí. ¡El viejo me ma-ta y además me des-he-re-da! No, ni pensarlo *(se para, toma cerveza)*. ¿Vos sabés que a mi hermano lo quiso desheredar, cuando era más chico, porque fumaba unos porritos? Es una idea fija...

Juan José: Pará, para un cachito. *(Juan José también se para)* Vos no me vas a decir a mí quién es tu viejo, o creés que yo no sé que desde que entré al trabajo todos los días andaba averiguando si llegaba temprano, cómo me portaba, si era... ¡qué sé yo! ¡Por mí que se vaya a cagar! Pero escuchame bien, que también sé varias cosas. Una, que gracias a vos, a tu talento financiero, te lo digo así, de una, a tu viejo vos le hiciste ganar muchísima gaita.

(A un gesto de Juan José, ambos se vuelven a sentar).

Cristina: Es verdad, pero...

Juan José: Pero nada, y también es verdad que nunca te lo reconoció, vos me lo dijiste...

Cristina: (*dolorida por el recuerdo*) ¿Y eso qué tiene que ver?

Juan José: Dejá que termine, por favor. (*Disminuye el tono*) Palomita, tu viejo no se va a enterar, porque yo también sé la confianza ciega que te tiene, y con razón, ¡porque esa guita se la vamos a devolver enseguida!

(*Se para de nuevo. Enérgico y serio pero dulce*).

En esto nos va la vida, Cristinita. No tenemos porqué vivir en 35 metros en Lugano, ni yo trabajar en una empresa de mierda, pasamos al frente, devolvemos la guita a tu viejo, vivimos en la casa que soñamos, trabajamos en forma independiente, compramos el auto, formamos la familia, qué se yo, ¿te imaginás? Esto es muy serio, ahora o nunca.

(*Silencio. Luego, en tono más bajo*). Para mí al menos es ahora o nunca.

Cristina: (*asustada*) ¿Qué querés decir?

Juan José: Lo que te estoy diciendo, Cristina. Ahora o nunca (*hay un dejo de amenaza en su voz*).

(*Silencio. Se escucha la radio paraguaya y la pelea de arriba*)

Cristina: ¿Te irá bien, Juan José? Me da un miedo...

Juan José: ¿Cómo que “te” va a ir bien? ¡Nos va a ir bien, re-bien, nena!

Cristina: (*Pone los brazos hasta rodearle el cuello a Juan José, lo besa en la cara, él sigue acariciándole los hombros*) ¡Ay mi amor, no sé qué pensar, pero te quiero tanto! ¿Te puedo decir algo?

Juan José: Sí, nena, sí...

Cristina: Estoy haciendo un esfuerzo por entenderte, mi amor, pero por ahora... Vos sabés cómo soy yo, ordenada, obsesiva, siempre buscando la seguridad, me encantaba que tuvieses un puesto, que te recibieras en la Facu, que ascendieras en el trabajo o lograras uno mejor... que formáramos una familia... que tuviéramos hijos... (*se emociona al decir*) ¡Cuánto me gustaría que tuviéramos un hijo, Juan José!

Juan José: No es el momento Cris, no es el momento, pero ya llegará, disfrutemos de lo que ya tenemos, de cómo disfrutamos entre nosotros...

Cristina: Sí, pero en algún momento...

Juan José: Por supuesto, ¡todo llega! Claro que sí, Cris, dejalo en mis manos, todo el asunto, vas a ver cómo todo va bien... ¡hoy estoy feliz! *(súbitamente cambiando de tono:)* ¡Yo necesito una mujer que crea en mí, que me siga como una compañera, hasta el final!

Cristina: *(se pone de pie, se da vuelta, lo enfrenta, lo abraza y le da un beso).*

16.

(Miguel y Mercedes están en la cocina de su casa. Viven en Villa Devoto, en una buena casa, moderna, con todas las comodidades. Grande y bien amueblada, con el sitio típico para que la familia se siente alrededor de una mesa para tomar el desayuno o comer. Ellos están tomando el desayuno. Miguel ya está vestido para salir, falta que se ponga la corbata y el saco. Camisa de manga larga, pantalón de traje, zapatos negros. Mercedes, una mujer de apenas más de cincuenta años, más bien alta, huesuda, muy blanca, de pelo negro ahora con canas pero siempre brillante, con una figura que ha sido espléndida y que se mantiene muy bien, y un rostro interesante, de ojos oscuros, boca y nariz grandes pero finas y armoniosas, pómulos salientes, vivacidad en el rostro y en el cuerpo, parece una María Callas argentina, sobre todo cuando alza su cabello y lo anuda en un rodete alto. Sus caderas se mueven bien, aunque nada, ni sus pechos ni sus nalgas, denote excesos. Le encanta vestirse bien, pero al revés de su marido lo hace con originalidad. Los blancos y negros le sientan, ella misma elige sus modelos y a veces los modifica con su modista. Ella está en camión, con una bata encima. Pero ya está arreglada y maquillada.

Miguel tiene el diario en las manos y de vez en cuando lo lee. Ella prepara y sirve el café con leche y las tostadas. Entra buena luz desde el lavadero

del departamento. Día soleado de verano, pero todavía no hace calor. Se oyen ruidos típicos de un lavadero que da a un aire y luz, pero muy lejanos. Lo que se oye de más cerca y más fuerte es la radio. Noticiero con comentarios

El trato entre los esposos responde al de un matrimonio que no ha sido ejemplar pero ha sido normal: ninguno de los dos ha exagerado ni ha sacado los pies del plato, ni Miguel con sus infidelidades y su prepotencia ni Mercedes con sus gastos y su independencia. En definitiva, ha prevalecido la sensación de que dentro del matrimonio están mejor, mucho mejor que dejándolo, y que sus hijos, a quienes ambos quieren, aprovechan de la institución).

Miguel: *(súbitamente dejando de leer el diario:)* Mirá el dólar, Mercedes, se está piantando el dólar...

Mercedes: ¡Te despertaste, viejo!

Miguel: No, si en la empresa ya compramos...

Mercedes: ¿Tranquilo entonces?

Miguel: *(sobrándola un poco)*... y tranquila vos, también...

Mercedes: Yo siempre tranquila, con vos, Miguel.

Miguel: *(sigue leyendo el diario)* Me conocés.

Mercedes: *(sobrándolo un poco esta vez ella a él)* Te conozco. También te conozco las mañas...

Miguel: *(sin mirarla)* Dame más café.

Mercedes: *(sirviéndole café)* Miguel, este fin de semana nos toca ir a la chacra. Llamó Nemesio para decirme algo sobre los conejos, no le entendí nada, viste cómo habla. Pero tenemos que ir, además nos toca.

Miguel: *(sin mirarla, sigue con el diario)* Ta' bien, dale...

Mercedes: Organizo todo y el viernes salimos. ¿A qué hora querés salir?

Miguel: *(después de un rato)* A las 7, no me pidas antes...

Mercedes: Ahora escuchame un poquito, la nena pide que lo invitemos al novio a pasar el fin de semana.

Miguel: *(deja de leer el diario, se incorpora en la silla)* ¡Putísima madre, ahora hay que bancárselo en casa!

Mercedes: Vos sabés que la nena...

Miguel: ¡La nena! ¡La nena! ¡A la nena le dimos todo, es linda, inteligente, sabe todo lo que pude enseñarle, y se viene a enganchar con un pelotudo, otro pelotudo más en la lista, por favor, Mercedes, no jodamos!

Mercedes: Ay Miguel, no sé porqué le tomaste tanta bronca a Juan José. Es cariñoso con Cristina, se ve que la quiere mucho, tiene buenas intenciones...

Miguel: ¡Vos sí que no tenés idea de la vida, querida! A ver si todavía se casa con ése, “la nena”... ¡A la mierda, todos mis años de laburo! Ése se tira todo encima, ¿no viste cómo le gusta la pilcha?

Mercedes: Pero está trabajando...

Miguel: ¿Trabajando? El otro día me llamó Ariel, el gerente. Primero trabajó como el culo y después al mes y pico renunció. Bue, para qué me hacés pensar en eso, me hizo quedar como el culo. ¡Ahora ya le debo un favor a Ariel, que es otro hijo de puta!

(En el noticiero pasan un discurso de un candidato en el cierre de campaña: llama a la unión de todos los sectores).

Mercedes: Está bien, Miguel, no te pongas nervioso...

Miguel: Y encima estas elecciones de mierda, con estos candidatos, que hacen perder tiempo a todo el mundo... todo parado...

Mercedes: Ya sé, ya sé, pero agradecé que te va bien, querido, pero escuchame, la nena ya no es una nena y nosotros estamos cada vez más grandes, ¿vos no querés tener nietos?

Miguel: *(cara de cierta sorpresa)*

Mercedes: ¡Yo sí!!! Si no, dentro de unos años a qué querés que me dedique ¿a bancarte a vos? Noooo, yo me quiero dedicar a los nietos, a comprarles ropita, a llevarlos a la plaza, a traerlos a casa, me muero por los nietos, Miguel. Y éste es un buen candidato, es lindo, es fino, es bien educado, de buena familia...

Miguel: *(imitándola pero sin mucha maldad)* Es lindo es fino es bien educado de buena familia... por favor Mercedes, ¿sabés a quién me hace acordar? A Gonzalito, un empleado mío que vos no conociste...

Mercedes: ¿Qué Gonzalito?

Miguel: ¡Gonzalito! Era un vividor, garca, medio *hippón*, él total con la guita ajena...

Mercedes: *(firme pero cariñosa)* Bueno pero sabelo, yo apoyo a la nena y lo voy a mimar a este nuevo Gonzalito...

Miguel: *(sumergiéndose en el diario de nuevo, despotricando pero también con cariño)* ¡Pero por supuesto, vas a hacer lo que quieras, como siempre!

Mercedes: ¿Entonces le digo que venga?

Miguel: ¡Hacé lo que quieras, mujer, pero dejame tranquilo!

(Por la radio anuncian que el dólar siguió subiendo).

17.

(La sala comedor y el dormitorio del departamento de Juan José y Cristina. Ya está oscuro afuera, tienen las luces encendidas. Antes de cenar. Cada uno está dedicado a sus cosas. Cristina, en la computadora y con unos papeles, en un escritorio pequeño contra una pared. Juan José está sacando su ropa de un bolso y colocándola en el placard del dormitorio. En ese momento, Juan José se está poniendo sobre el pecho una camisa, sin vestirla todavía. Como para verla. Se mira en el espejo que hay dentro del placard. Cristina lo mira desde su escritorio).

Cristina: Esa camisa es una grasada, Juanjo.

Juan José: Pará, Cristina ¿qué le ves de grasa?

Cristina: Todo, amor, todo. Esa especie de rayo de colores que cae de arriba abajo, todo, no la podés usar, tirala.

Juan José: *(enojado pero sin demostrar rabia)* No empecemos, Cris, no empecemos con tu locura de niña bien. No me jodas, la camisa me la

regaló la vieja para el cumple ¿estás mal que la voy a tirar, que no la voy a usar?

Cristina: *(también enojada, deja lo que está haciendo y, todavía sentada, deja el escritorio para mirar de frente a Juan José)* Te lo dije mil veces, mi amor, eso es tiempo pasado. Tu vieja, muy buena persona, le pagamos el tratamiento, se curó, la quiero mucho... pero nada de camisas regaladas por ella, Juan. La corbata *te viste*, es algo muy personal, demuestra quién sos y quién *no* sos... aunque sea en una sandwichería de Lomas... tu máxima ambición *(con algo de sorna)*.

Juan José: *(Sube el tono)* Pará, nena, que yo estoy muy orgulloso de lo que soy. ¡Hablemos en serio! Desde que dejé el trabajo estás insoportable. ¿Se te vino el mundo abajo, nena? ¿Vos creés que quiero terminar siendo un cagador o un lameculos de la empresa a que me recomendó tu viejo?

Cristina: No exageres, hornerito, no exageres tampoco *(se para, está dispuesta a dar pelea)*... pero despertate, por favor, *despertate*, te voy a regalar una camisa como la gente y un reloj despertador grandote, de esos de antes, no el chiquito que tenés en la mesa de luz *(lo señala, es un cuarzo digital pequeño)*, para que *te des-pier-tes*. *(Un poco grosera:)* ¿Estamos en otra o no estamos en otra?

Juan José: *(Sube el tono, comienza a casi gritar)* ¡A lo mejor lo que pasa es que no estamos en la misma! ¡Vos tenés una mezcla de las adoratrices de Caballito con la sanata ejecutiva del microcentro! Y yo no me lo banco, porque hoy empezamos con la camisa, ayer fueron los botones nacarados de otra camisa, mañana el reloj despertador... no te bancás que deje de ser un cagatintas de oficina... ¿no será que yo no ando para vos?

Cristina: *(Con un poco de ironía)* ¿Qué pasa, Juan José? ¿Te asustaste, amorcito? ¿Te dio miedo crecer de golpe, pasar a ser un adulto? ¿Te

alcanzo un vaso de agua para que te tranquilices? *(toma un vaso de agua que tenía sobre el escritorio y lo lleva hasta donde está Juan José).*

Juan José: *(francamente fuera de sí) ¡Me sacaste, nena, me sacaste con tus boludeces! (toma el vaso de manos de Cristina y lo hace trizas contra el suelo. Vuelan vidrios y agua y alcanzan a Cristina, quien retrocede algo espantada). ¡Al final sos como todas las minas, se enganchan con un tipo y después lo quieren cambiar todo! ¡Pero conmigo no, querida, conmigo no! (se va poniendo cada vez más furioso) ¡Mirá bien, eh, mirá bien, (toma un martillo que estaba en el bolso del cual estaba sacando la ropa) que salvo la camisa de la vieja, el resto lo puedo romper todo y me importa un carajo!*

Cristina: ¡Juan José, mirá lo que hacés!

Juan José: ¡Mirá vos, nena! *(Arranca la camisa con botones nacarados del placard y con el martillo hace trizas uno por uno los botones, toma el reloj despertador y lo rompe a martillazos).*

(Mete a tirones en el bolso la ropa que había guardado en el placard, toma el bolso y blandiendo el martillo se va violentamente del departamento).

Juan José: *(Mientras atraviesa a grandes zancadas el departamento hasta la puerta, dirigiéndose a Cristina le muestra el martillo y le grita:.) ¡Y ojo con esto, eh?!*

(Se va golpeando la puerta. Cristina está con todo su cuerpo pegada de espaldas a la pared).

18.

(En el living comedor del departamento de Villa Lugano. Cristina está sola, sentada al escritorio y frente a la computadora. Está leyendo una carta. La correo es de Juan José y mientras la lee Cristina se va como encogiendo y comienza a llorar en silencio. La escena termina con la lectura del mensaje).

“Hola Cris, te escribo, una, porque no me animo a decirte esto frente a frente, pero tengo que decírtelo de algún modo, y otra, porque no quiero que me contestes sin reflexionar antes.

La escena de ayer fue terrible y me arrepiento de haber estado así. Disculpame. Sin embargo, no fue casual. Nuestra relación es muy linda pero últimamente se empezó a podrir, para mí por lo menos. Yo te adoro y nunca encontré una mina como vos, pero tenemos formas de ser muy diferentes. A vos te gusta la seguridad, una estructura sólida y formal, aunque también sabés ser muy tierna y apasionada. Yo en cambio no tolero por mucho tiempo ni sujeciones ni reglas ni rutinas, aunque no soy ningún loco, ni delincuente ni vago ni borracho ni... etc. Somos dos buenas personas que tendemos para lados diferentes y creo que algún día podríamos vivir juntos pero no por ahora. Con eso te he dicho todo, cuando estés leyendo este mensaje yo ya habré sacado mis cosas del departamento. Últimamente me sentía ahogado por las inseguridades, los miedos al futuro y las exigencias para ser como los demás y formar una familia como las otras. No daba más, primero renuncié al trabajo y creí que era eso lo que me pasaba, pero después me di cuenta que era la relación con vos la que me tenía mal.

Tengo que tomar distancia, por lo menos por un tiempo. Mientras tanto, mi propuesta es que sigamos disfrutando de nuestro amor. Como esas semanas antes del departamentito. Somos libres. Nos queremos. No tenemos compromisos. Hagamos cada día y cada noche lo que nos venga bien a los dos. No transformemos nuestra relación en una rutina llena de odio como les sucede a la mayoría de los matrimonios, por favor.

No hay maldad en mí, Cristina, quizás haya torpeza, quizás haya visto en mi padre, que es una buena persona, un modelo que no quiero seguir, y no tengo otro modelo a la vista. Así me dijo una vez un amigo. El modelo de tu viejo no me gusta tampoco. Propongo que inventemos juntos una vida distinta. ¿Estás dispuesta? Te quiero mucho. Besito. Juan José”

(Cristina llora silenciosa y desconsoladamente. Su frente está apoyada en el escritorio y sus brazos sobre la falda. Casi en posición fetal).

19.

(Juan José y Roberto están tomando un café en una mesa del bar de la Facultad, lleno de estudiantes, conversaciones, movimientos, etc.).

Juan José: Qué suerte que te encontré, quería hablarte. La otra vez te dije que estaba confundido, y sigo confundido.

Roberto: ¿Y porqué creés que yo...?

Juan José: No sé, me impresionó lo que dijiste la otra vez.

Roberto: *(Hace silencio. Luego:)* Escuchame bien. Te mentí. Te quise dar la impresión de que soy un filósofo, un místico o algo así. De que no tengo problemas o que soy un gurú. Y creo que lo logré, te quedaste medio colgado, me di cuenta. Pero ahora te cuento, tené cuidado conmigo. *(Subraya esas palabras, pero no en forma de amenaza sino de reflexión, casi como si estuviera pensando en el bien de Juan José. Las palabras así dichas no pueden pasar desapercibidas)*. Soy así, medio psicópata. Te dije que si no estabas claro era porque no había llegado el momento. Parece zen, budismo zen, pero es un cuento chino. Pensá un poco ¿quién actúa cuando está en claro? La vida es un borrador permanente. Pero siempre adelante, no hay revelaciones ni mensajes. La mía también. Bueno, ojo conmigo.

Juan José: ¡A la mierda, ahora me confundí del todo! ¿Así que según vos nunca estamos en claro cuando decidimos algo?

Roberto: Por supuesto que no, pensá en tus últimas decisiones, cuando entraste en la financiera, por ejemplo...

Juan José: ¡La verdad es que no lo pensé mucho, tenía que hacerlo sí o sí! Y lo de anoche...

Roberto: ¿Viste? Y así es todo...

Juan José: Anoche...

Roberto: Mejor no me lo cuentes.

Juan José: Y entonces lo del otro día ¿era sanata?

Roberto: Sanata es todo, man, sobrevivimos gracias a la sanata...

Juan José: Cada vez te entiendo menos...

Roberto: No te preocupes, lo único que te pido es que no me des mucha bola, teneme lejos.

Juan José: ¿O sea que las cosas no se me van a ir aclarando con el tiempo?

Roberto: ¿Por qué creés eso? Lo probable es que estés cada vez más confuso, nunca vi que la oscuridad produzca luz. ¿Vos lo viste?

Juan José: No, pero... ¿y lo que me dijiste?

Roberto: ¡Olvidate, man!

Juan José: ¿Y para qué hablás, entonces?

Roberto: Me gusta parecer inteligente, que me escuchen. Cuando repito las cosas que me decía una novia, con una voz como la de ella, me doy cuenta que la gente queda como... ¡como hipnotizada! A la gente le fascinan esas boludeces orientales... Pero son verso...

Juan José: ¡Mirá a quién tomé por consejero! Pero la verdad es que lo que decís es interesante de todos modos. ¿Entonces todo es sanata?

Roberto: Obvio. Lo que hacemos y lo que decimos. Mirá, el cincuenta por ciento para sobrevivir y el resto para levantarnos una mina...

(Se ríen los dos).

20.

(El dormitorio de Juan José y Cristina en el departamento de Lugano. Ellos están en la cama. Es de mañana, entra luz por la ventana. La cama está revuelta. Se han despertado después de pasar la noche juntos. Juan José tiene el torso sin ropa. Cristina está tapada por las sábanas).

Juan José: *(Abraza cariñosamente a Cristina)* Sos mi nena, mami. Siempre fuiste mi nena.

Cristina: *(Ella está caliente y lo acaricia para calentarlo).* Ay hornerito, estos meses me parecen años. Me acuerdo del día que me dijiste "Sos mi

na, mami” y fue ahí que me puse loca. Loca de amor. “Sos mi hombre, papi”, sos mi hombre. (*Ella lo monta y ambos ejecutan una danza sexual perfecta*).

21.

(Están descansando en la cama después de haber hecho el amor).

Cristina: Juan José, lo que acaba de suceder es la respuesta a tu carta, ¿te diste cuenta, no? Pero no te confundas. No me puedo despegar de vos, te adoro, pero no veo la salida. Yo no puedo estar con una persona y no saber quién es. Alquilamos un departamento, nos fuimos a vivir juntos, aceptaste trabajar en la financiera, le pusiste garra, de pronto extrañás la bohemia, querés volver a la vagancia, disculpame que te lo diga así, otro día me proponés usar la plata de mi viejo, te hablo de tener un hijo y vos ni hablar, no te veo estudiando en firme, en fin, vos sabés lo que te quiero, pero esta situación me tiene mal. En realidad me *tenía* mal, porque vos te fuiste del departamento, ahora lo que me tiene mal es... no sé qué más decir.

Juan José: No me entendés.

Cristina: Te entiendo perfecto. Pero no resisto. Mirá, le hice comentarios a una amiga y me dice “pero ese muchacho es un camaleón, tené cuidado”.

Juan José: “Camaleón”... “camaleón”... ¿vos sabés que otras veces me lo han dicho? Lo único que sé del camaleón es que (*tararea*) “cambia de colores según la estación”.

22.

(Es una continuación de la escena anterior, han pasado unos minutos. Juan José y Cristina se levantan de la cama. Están amorosos el uno con el otro, pero hay también algo de tristeza).

Juan José: ¿Y Cris? ¿Qué hacemos con la sandwichería? ¿La ponemos o no? Hay apuro, porque con el Osva encontramos un local que ni pintado...

Cristina: Escuchame hornerito, lo de papá, ¿qué hacemos con papá? Para que no se entere, viste.

Juan José: Basta con no decirle ¿le dijiste?

Cristina: NOOOOO, ¡qué le voy a decir! Pero él algo sabe, sabe que renunciaste al trabajo...

Juan José: Eso dejame que lo manejo yo, nena. Además, cuanto antes le devolvemos la plata y listo.

Cristina: ¿Y si se entera?

Juan José: ¿Cómo se va a enterar?

Cristina: Por el operador... No sé... todavía dudo...

Juan José: Yo lo manejo. Vení, vamos a ducharnos que hace calor y tenemos que salir ya. ¡Hoy mismo voy a firmar la reserva... estoy que me salgo!

Cristina: *(mira un poquitín sorprendida, pero no responde nada)*
(Entran a la ducha juntos).

23.

(La escena transcurre en la oficina secreta de un Banco, donde se llevan a cabo las operaciones en negro. Es un lugar muy silencioso, no grande, muy color beige, con escritorio de metal pasado de moda, dos sillas idem, sin adornos ni papeles. De un lado del escritorio está sentado un señor de unos 55 años, en mangas de una pulcra camisa, muy bien afeitado, tiene un papel en la mano y dos fajos de dólares en la otra. Juan José está del otro lado, vestido de empleado de la City, con la mejor de las sonrisas).

Operador: Necesito una firmita suya aquí... y aquí... y otra aquí... (JUAN JOSÉ va firmando donde el operador muestra, contestando por lo bajo "ajá", "sí", "claro", sin mirar lo que firma). ¿Y cómo se encuentra don Miguel?

Juan José: Bien, como siempre, usted sabe que él...

Operador: ... es un roble. ¿Y la chiquita, Cristinita?

Juan José: Divina como siempre.

Operador: Usted ya es de la familia ¿no?...

Juan José: Casi, casi... (*se sonríe*).

Operador: ... porque para que le haya dado Cristinita esta autorización...

Bueno mándeles por favor mis saludos a los dos, aunque naturalmente que esta operación tengo que reportárselas aunque ya la sepan...

Juan José: Naturalmente, pero igual les llevaré saludos de su parte, gracias.

(El operador le entrega los dólares, Juan José se los mete en el bolsillo del pantalón, un fajo en cada bolsillo, se levantan de la silla y caminan hacia la puerta)

24.

(Juan José acaba de salir de la oficina del operador y está parado en plena calle Reconquista, a una hora pico. Habla por el celular).

Juan José: Hola, flaco... (*silencio para la respuesta*) ¿estás libre? ¡decime que sí que estoy contento, flaco! Vamos a la inmobiliaria... a la de Lomas, por supuesto... y claro que sí, ¿vamos o no vamos a poner la sandwichería?... Bueno, ojo, sé puntual, eh?

(Juan José corta y cuando va a guardar el celular en su bolsillo, el aparato suena. Verifica quién está llamando y no atiende. Al ratito escucha en el buzón de voz:)

Voz del operador en el buzón de voz del celular de Juan José: Hola, señor, vuelva de inmediato a la oficina, por favor. Hay un error. Lo espero.

(Juan José cierra el celular, se lo mete en el bolsillo y comienza a caminar un poco más rápido que lo normal. Mira para atrás, una vez. A los pocos metros suena el celular de nuevo. Se para y verifica quién lo llama. En el

visor dice “Cristina”. No atiende y apaga el celular. Sigue caminando, más rápido).

25.

(La escena transcurre en un bar de barrio. Es de noche, hay tres o cuatro hombres solos, bebiendo algo. Juan José y Cristina están sentados en una mesa, ambos con un café).

Cristina: Ya ni se te encuentra, estás fugado...

Juan José: Y sin embargo, aquí estoy, no sé para qué, pero aquí estoy.

Cristina: ¿Y encima no sabés para qué? Me estafaste, ladrón, me estafaste, esta vez sí que me la hiciste linda...

Juan José: Yo no te estafé, usé la autorización que me habías dado...

Cristina: ... hace un tiempo y para una emergencia...

Juan José: ... pero después la mantuviste y cuando propuse lo de la sandwichería no estuviste en desacuerdo, lo dejaste para más adelante...

Cristina: ¡Nadie te autorizó a tocar la plata de papá! ¡Nadie!

Juan José: ¿Cómo, “nadie”? ¡Vos, Cristina, vos me autorizaste! ¿Y si no, cómo la saqué? Además te aseguro que tu padre ni va a notar la falta, enseguida se lo devolveremos...

Cristina: ¿Cómo “se lo devolveremos”? Se lo devolverás vos, turro...

Juan José: Bueno... quiero decir, se lo devolveremos, o se lo devolveré, qué sé yo...

26.

(Una avenida importante de barrio, como Montes de Oca en Barracas o Meeks en Lomas de Zamora. Una mueblería importante, con un frente todo de vidrio a la calle. Por ésta pasa Miguel y de pronto ve a Juan José comprando muebles. Lo observa. Miguel no lo ve, está de espaldas, selecciona muebles. La escena dura lo suficiente como para que Miguel pueda advertir que la compra es importante, inusual).

27.

(Frente a los tribunales de Lomas de Zamora, cruzando la ruta llamada Camino Negro, hay una serie de locales. Algunos están todavía vacíos, otros tienen negocios de fotocopias, librería, kiosco, etc. En uno de ellos Juan José y su amigo Osvaldo están poniendo la sandwichería. Por ahora se ve un local de mediano tamaño, con una habitación interior más chica (seguramente será la cocina) y dos baños (damas y caballeros). Hay tres obreros trabajando en el local principal. Cristina está en el centro del local y Juan José camina cerca de las paredes, explicándole cómo quedará, dónde irá cada mueble, etc. Cristina trata de meterse en el asunto, pero está angustiada, no puede prenderse. Durante toda la escena los obreros martillan, se hablan, etc.).

Cristina: Está muy bien, Juan José, muy bien. Te felicito. Va a quedar bárbaro. Y se va a llenar de gente. Tenés que darles cosas de calidad y a un buen precio.

Juan José: Eso está previsto, Cris. ¿Qué te parece una buena gigantografía en esta pared?

Cristina: Quedaría buenísima.

Juan José: Vos sos especial para elegirla ¿la elegís?

Cristina: Sí, claro, mi amor. *(En voz más baja, acercándose a Juan José)* Pero estoy preocupada por algo que quiero comentarte. Vamos al lado. *(Caminan hasta el local interior, donde no hay nadie trabajando).*

(Casi llorando): Papá se enteró. Me hizo una escena terrible. Me dijo cosas que nunca me había dicho. *(Ahora llora)*. No sabés. Fue espantoso.

Juan José: *(Se mantiene físicamente distante, ella en el centro del local y él cercano a las paredes, como en la anterior habitación)*. ¡Parala, parala con tu papi! ¡Como si no supieras quién es! *(Cambia el tono)*. Te cuento, aquí van la cocina y el extractor, trabajan dos personas, de primera, eh? Ya las seleccionamos... *(Cambia nuevamente el tono)* De tu venerable papi ya sabés, Cris, vos le hiciste hacer mucha guita y él nunca te reconoció

un mango. Le gusta tenerte atadita como la tiene a tu mamá que es muy capaz y al boludito de tu hermano, disculpame si soy tajante. (*Casi gritando*) ¡Esa guita es tuya, mi amor! ¡Y no se hable más del tema, por favor, disfrutemos de lo que estamos haciendo juntos, mi vida! (*Camina hasta donde está Cristina, le rodea los hombros con un brazo, ella se empieza a calmar*).

Cristina: Está bien, está bien, pero mañana sábado es su cumpleaños y quiere que vayamos a casa. Organizó una fiesta en la chacra.

Juan José: ¿A casa de quién, Cris? ¿Tu casa es en Lugano o me equivoco? ¿Te independizaste por fin o todavía no, nena? A mí por favor no me jodas más con tu viejo, yo a la casa de ese monigote no voy ni loco. Si querés andá vos, pero después no me vengas llorando, mejor quedate conmigo (*cambia el tono por uno muy cariñoso*)... que la vamos a pasar mejor (*le acaricia la mejilla, luego le da un piquito, más tarde la toma de la cintura y va bajando las manos hacia la cola, ella se reclina sobre su pecho*).

Cristina: (*dulzona*) Está bien... yo tampoco voy... el caprichosito siempre se sale con la suya ¿eh?

Juan José: No son caprichos, Cris, hay que pensar las cosas. (*Silencio*) Y sigo pensando... me invita como una provocación, piensa que no iré, por el tema de la guita.

(*Silencio. Sigue pensando*) ¡Pero vamos a ir! ¡Que se lo banque! ¡Le demostramos que no le tenemos miedo! ¡Y ahora es él el que tiene que hacer algo... porque si no lo hace...!

Cristina: (*seria, un poco asustada*) Te las pensás todas, mi amor... bueno... vamos... vamos juntos...

(Cristina y Juan José entran en auto a la chacra. Hay autos entrando, clima de fiesta, gente que ayuda a estacionar, invitados bien vestidos, gente grande y algunos jóvenes, que ingresan. Se oyen ruidos, música)

Juan José: Un festejo a lo grande ¿eh?

Cristina: ¡Y, sí...! Pero vení primero que te muestro la casa...

29.

(Cristina y Juan José entran casi en puntas de pie en el dormitorio de los padres de ella, donde no hay nadie. Es una habitación grande, con una cama grande y lujosa. Los muebles no son de buen gusto. Siempre se ve la mano del decorador, pero con el paso de los años los habitantes han ido agregando cosas. Hay un placard que no es el guardarropa de ninguno de los miembros de la pareja sino otro, mucho más estrecho, donde prácticamente no hay nada.)

Juan José y Cristina están vestidos como para la fiesta, él de riguroso azul y camisa blanca, zapatos negros, etc. Ella como de gala. Se escuchan ruidos y músicas típicos de la organización de una fiesta bastante importante.

Juan José encabeza la aventura. Cristina le muestra cosas tales como fotos de ella cuando era chica, un objeto caro de porcelana de Limoges, una lámpara art nouveau. Juan José se muestra interesado en abrir los cajones, Cristina parece a la vez molesta y divertida. Él la pellizca y le hace cosquillitas de vez en cuando. Cristina no puede reírse, para no ser descubierta, pero le da piquitos en silencio. En un momento, Juan José la tira a Cristina sobre la cama de los padres de ella, y le acaricia los pechos y el cuerpo en forma vehemente. Sin embargo, enseguida ambos se ponen de pie y se arreglan la vestimenta. Quizás escucharon un ruidito. Luego, se ríen en silencio, con complicidad. Siguen revisando todo, con la iniciativa de Juan José. De golpe éste va a abrir el placard pequeño y Cristina, esta vez seriamente, le dice que no. Juan José se empeña en hacerlo y lo logra, con alguna violencia, también poniéndose serio. Adentro

encuentra un revólver y un sobre cerrado, grande, que parece importante, abajo del revolver.

Cristina le hace señas de que se calle la boca y los deje en su lugar. Juan José toma el revólver. Es un 38. Lo examina. Cristina se desespera. Trata de quitarle el revolver a Juan José. Juan José lo retiene y se lo guarda en el bolsillo del jean. Se pone el sobre dentro de la camisa. Cristina reclina la cabeza, acongojada, y cierra la puerta del placard. Juan José sale antes que Cristina del dormitorio. Mira a todos lados para ver si hay alguien. No hay nadie. Se dirige a la toilette.

Entran a un baño, que no es el que el dormitorio tiene en suite, sino uno para visitas, situado en un pasillo. El baño tiene una hermosa decoración en azulejos. Allí la mano del decorador está intacta. Caben dos personas cómodamente, aunque no hay dónde sentarse, salvo el inodoro y el bidet. Cristina lo sigue y cierra la puerta. Juan José saca el revolver del bolsillo).

Juan José: ¿Y esto qué es?

Cristina: Son cosas de papá...

(Juan José está por abrir el sobre).

(Cristina grita como un animal lastimado, sin fuerza pero desde adentro).

Juan José: ¿Y aquí qué hay?

(Cristina vuelve a gritar. Una voz femenina desde afuera pregunta “¿pasa algo señorita Cristina?”).

(Juan José hace señas de mutis).

Cristina: No, nada.

(Juan José abre el sobre y encuentra documentos).

(Cristina hace un último intento de arrebatárselos).

(Juan José comienza a leer, sentado sobre la tapa del inodoro).

(Cristina se mira al espejo del baño y baja la cabeza).

30.

(La escena se desarrolla en el amplio living de la chacra de Miguel y Mercedes. Es de noche, festejan el cumpleaños de Miguel, han corrido los

muebles para dejar un espacio para el baile. La música es de los 60 y 70. Hay entre veinte y treinta invitados. Algunas parejas están bailando. El sonido de la música y de las voces es alto, por lo tanto, no pueden hablar en voz muy baja como aparentemente querrían.

Mercedes está de espaldas a la mesa del comedor, donde están puestas las bebidas y comidas. Tiene un vestido muy sentador, que deja ver el comienzo de los pechos, parte de la espalda y los brazos. Ha bebido alcohol pero apenas para alegrarse y desinhibirse. Está espléndida, alegre, atractiva y sensual. Juan José está a un metro y medio de distancia, vestido de sport, muy elegante, con un saco azul impecable y una camisa blanca bordada. Juan José y Cristina, que han compartido rondas con amigos jóvenes, hablan en un aparte.)

Juan José: *(Mirando de costado a Miguel)* Miralo a tu viejo ¿qué opinás?

Cristina: *(Lo mira)* ¿Tomó demasiado?

Juan José: No sé qué es demasiado para él, va por el cuarto whisky...

Cristina: ¿El cuarto? ¡Y te olvidás del vino y del champagne!

Juan José: Igual, es su vida, no la nuestra, y además se ha sacrificado...

Cristina: ¡Sí, pero con eso jode, jode mucho a todos!

Juan José: Bueno, hay que aguantarlo, Cris, es tu padre, y por vos ha hecho...

Cristina: ¡Últimamente me ha hecho la vida imposible! ¡No lo aguanto más! ¡Y ahí va otra copita! Y rodeado de sus amigos, empresarios de mierda, chupasangres mafiosos, ¡mirá cómo se ríen!

Juan José: *(bajito)* Y mirá cómo la mira ése a tu mamá...

Cristina: Y mamá que está divina, tan alegre, tan ingenua, tan inocente, cómo la quiero...

Juan José: ¡La saco a bailar!

Cristina: ¡Dale!

(Juan José se acerca con lentitud a Mercedes y le quita suavemente una copa de champagne de la mano. Deja la copa sobre la mesa. Mercedes toma la de Juan José riéndose.)

Mercedes: ¡Me voy a enterar de tus secretos, Juan José!

(Juan José toma la copa de Mercedes y se acerca a Mercedes mirándola a los ojos y sonriéndole seductoramente).

Juan José: Mercedes, Mercedes, la joya de la fiesta... *(mirándola de arriba abajo y sonriendo)* ¿como estamos, eh?

(Mercedes se sobresalta un poco. Le habla a Juan José en tercera persona, como seguramente lo haría hasta la frase anterior).

Mercedes: ¿Qué está haciendo, Juan José?

(Juan José se acerca más).

Juan José: Yo también quiero saber tus secretos... algunos deben ser muy interesantes... muy *(recalca el "muy")* interesantes...

(Mercedes se va a tirar un poco para atrás pero no puede porque está la mesa).

(Juan José aprovecha su altura y le mira discretamente el cuerpo para que ella lo advierta).

Juan José: Siempre sos hermosa, pero hoy... Yo me pregunto si la gente que te rodea se da cuenta...

Mercedes: *(vuelve al tuteo)* ¡Callate, tonto, si yo no tengo secretos! Estarás borracho, no sé para qué querés saber los secretos ajenos...

Juan José: *(acercándose más. Mercedes trata de retroceder y se encuentra con la mesa que la para).* ¿Acaso no son secretos los deseos escondidos?

Mercedes: ¡Ay, Juan José, decís cada cosa!

Juan José: Los secretos ajenos no me interesan para nada, me interesan los tuyos, Mercedes. Voy a beber de tu copa para saber tus secretos, Mer...

(Bebe un trago de la copa de Mercedes).

Mercedes: *(poniéndose un poco colorada)* No sé qué puede interesarte...

(Comienza una canción melódica de los 60 tipo Only you).

Juan José: Muchas cosas, pero en este momento (*subraya “en este momento”*) lo que quiero... ¡es bailar con vos!

(Mercedes un poco avergonzada se ríe y mira a los costados, buscando a Miguel y a Cristina).

(Juan José insiste. Le saca suavemente la copa que ella tiene en la mano y la deja sobre la mesa. Deja también la copa que él tenía en la mano.)

(Mercedes finalmente alza un poco la cabeza y esboza una sonrisa. Juan José la toma de la cintura y la lleva al lugar donde se baila).

Mercedes: ¡Ay, Juan José, qué galante!

(Miguel mira con bronca a la pareja y habla en voz demasiado alta con sus amigos. Sus movimientos y gestos denotan cierta torpeza, aunque no está borracho).

Mercedes: *(Mientras bailan, cada vez más apretados)* Ahora sí te contaré un secreto.

Juan José: No es necesario que me lo cuentes, Mercedes... ya lo conozco.

(Mercedes da un respingo, se sonríe).

(Juan José se sonríe y la apreta un poquito más. Mercedes se rinde un poquito más).

Juan José: Tu secreto, Mercedes, es un secreto entre los dos...

Mercedes: *(Mientras bailan)* Ahora sí te contaré un secreto.

Juan José: No es necesario que me lo cuentes, Mercedes... ya lo conozco.

(Mercedes da un respingo, se sonríe).

(Juan José se sonríe y la apreta un poquito más. Mercedes se rinde un poquito más).

Juan José: Tu secreto, Mercedes, es un secreto entre los dos...

(Mientras Juan José y Mercedes bailan, Cristina, su hermano Daniel y la novia de éste, Yamila, están uno al lado del otro mirando a la pareja. Daniel está en el medio de las dos mujeres).

Daniel: *(En su rostro hay un poquito de rabia, otro poquito de curiosidad, y una pizca de impotencia. Habla para adelante, sin dirigirse a ninguna de*

las dos en especial.) Mirala a la viejita... (acentúa con malicia la palabra "viejita")

Cristina: ¡Viejita un corno, viejito serás vos!

Yamila: No te pelees Daniel, tiene razón Cris: ¡no se puede creer lo que está Mercedes hoy!

(Daniel la mira a Yamila y ella le tira un piquito. Después un silencio, los tres siguen mirando)

Cristina: ¿Te acordás Dani cuando nos contaba de las monjas del colegio?

Daniel: *(con cara de fastidio)* ¿Cuándo las monjas la sancionaban por llevar el uniforme demasiado corto? ¡Increíble!

Yamila: Lo que va de ayer a hoy ¿eh? ¿Te digo una cosa? Un poquito la envidio...

(Cristina la mira de reojo y mal. Daniel reacciona rápido:)

Daniel: ¡Vamos a bailar nosotros, flaca! ¿Qué hacemos acá parados?

Yamila: *(contenta)* ¡Dale!

Daniel: Estoy mejor que nunca, Yami, mejor que nunca, digo, porque en casa nadie se fija en mí. Y hago lo que realmente quiero: ¡estar con vos, Yami!

(Se ponen a bailar loqueando un poco y besándose, con alegría. Cristina se sonríe al verlos y luego vuelve a mirar a Mercedes y se pone seria de nuevo).

TRÁNSITO BREVE

(Al rato, Cristina y Juan José en un nuevo aparte)

Juan José: Creo que es mejor que nos vayamos yendo.

Cristina: Sí. Estoy cansada, vamos.

Juan José: Tu mamá, sensacional. Tu viejo...

Cristina: Sigue chupando...

Juan José: ... hasta ahora no nos saludamos, ahora mejor vamos a despedirnos de él...

Cristina: Sí, mejor...

(Dan una vuelta saludando gente y en especial y cariñosamente a Mercedes. Cerca de la puerta está Miguel con sus amigos y un poco más allá el hermano de Cristina con los suyos. Al pasar frente al grupo, Juan José estira la mano para saludar a Miguel).

(Juan José se está retirando de la fiesta. Es tarde pero quedan muchos invitados. Miguel está rodeado de amigos de su edad. Al pasar a su lado, Juan José estira la mano para dársela a Miguel).

Juan José: Adiós y gracias, Miguel, ¡que termine bien su día!

(Miguel deja a Juan José con la mano tendida. Pone cara de ir a decir algo agresivo que no le sale).

Juan José: *(tranquilo, riéndose fuerte)* ¡Mirenlo al viejito!

Miguel: ¡Viejita será tu abuela, hijo de una gran puta! *(Le tira una trompada, Juan José mueve la cabeza y el puño de Miguel corta el aire, él pierde el equilibrio y se va para adelante).*

Juan José: *(tomándolo como si lo cuidase)* ¡Cuidado, Miguelito, que se me va a caer! *(Los amigos de Miguel se miran entre sí. El hermano de Cristina se adelanta y amaga pelearse con Juan José pero éste le lanza una mirada y hace un gesto que lo paraliza de miedo. Cristina, asustadísima, se mantiene lejos. Mercedes en cambio se pone al lado de Miguel y lo sostiene).*

Mercedes: ¡Calmate, papito, calmate, que te va a hacer mal!

Miguel: ¡Callate vos, que anduviste bailando con él!

Juan José: *(Aprovecha el momento)* Bueno, basta pavadas... y *(dirigiéndose a Miguel con el índice derecho en alto)*... y basta de whiskicitos, también ¿eh?

(Juan José se retira y Cristina tras él).

Miguel: *(ahora sí con voz de borracho)* Y vos te vas con él ¿eh? Cachorra puta que abandonás a tu padre, que te dio todo... *(llora)*. ¡Pero ya vas a ver!

31.

(Esa misma noche, en el dormitorio de Yamila. El dormitorio de Yamila sería, a juicio de un observador adulto común, algo infantil. Está lleno de ositos, estrellitas fosforescentes pintadas en el techo, muñecas y colgajos. Es delicioso. La cama de plaza y media es bien mullida y está llena de almohadones. El cuarto no es grande, tiene un gran placard y está bastante desordenado).

(Yamila y Daniel están en pleno acto sexual ejecutado rápida y violentamente, él arriba de ella en la forma tradicional y ella visiblemente disgustada).

Yamila: ¡Más despacio, boludo, más despacio, te dije!

Daniel: ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡no puedo frenarme! *(eyacula dentro de Yamila y luego reposa).*

Yamila: *(con dignidad y cariño:)* ¿Qué te pasa hoy loco? ¡Nunca estás así! ¡Ya es el tercero! En serio ¿te pasa algo?

Daniel: Perdón, me parece que me estoy desahogando...

Yamila: ¿Desahogando de qué? ¡Y te la agarrás conmigo, loco!

Daniel: ¡Desahogando de lo de esta noche, boluda! Papá golpeado por el novio de mi hermana... el novio de mi hermana bailando con mi madre... ¿te parece poco?

Yamila: La verdad que sí... ¡qué familia loca la tuya, pibe!

Daniel: *(Mirando el techo:)* ¡Ahora están todos locos!

Yamila: Bueno, calmate boludo, no te la tomés así, dejalos que se arreglen... ya se van a arreglar solos. Vos y yo ¡juntitos! ¿no?

Daniel: *(mira el techo y luego mira las cositas que adornan el dormitorio de Yamila, como si las viese por primera vez)*... sí, Yami, esto es todo bueno para mí... ¡Nunca sentí esto, boluda! *(En broma, tomando su cabeza y besándola:)* ¡Me trastornaste la vida, boluda! Papá, el gran compinche de Cristina, con quien siempre me comparaba mal, se volvió como loco. Está contra mamá (o mamá contra él, no sé), contra Cristina, contra Juan

José, mal en todo, y yo para él, como siempre, no existo. Miento, en realidad antes existía, pero como irresponsable, incumplidor, todo empezaba con “i” o “in”. Ahora, papá está tan mal que ya he dejado mi existencia de “i” o de “in”. ¡Entonces, se acabó la vigilancia! Nadie sabe si voy o no a la Facu, si estudio o no estudio, si rindo o no rindo. Ya ni me preguntan si voy a comer en casa. Es más, ni siquiera se fijan si duermo en casa o no. En realidad estoy casi viviendo con vos... ¡en casa de tu mamá! El tema difícil (para todos los de mi edad, pero para mí en especial) es el de la guita. Porque cuando la pedís te preguntan y te maltratan. Aprovechan para vengarse de vos, en realidad se vengan con vos de la puta vida que llevan... La puta vida de papá, por ejemplo. Amargado, resentido, envidioso de la juventud, de la libertad, de la vida que no tiene. Mamá peleada con papá y haciéndose la piba, la ridícula. La quiero mucho pero ahora no, estoy alejado. Por eso, para conseguir plata, tengo que robarla. Sé dónde dejan las billeteras, sé la guita que no van a contar porque les sobra, sé sacar de a poco para que no se den cuenta. En eso soy moderado, y no necesito mucho. Vos y yo la pasamos bien sin necesidad de mucho.

Yamila: ¿Y ahora?

Daniel: Ahora... ¿sabés que ahora me resulta más difícil bancarme lo de casa? Antes no me daba cuenta, pero ahora... comparo... hago comparaciones... y ¡no me lo banco!

Yamila: Ya me di cuenta, boludo... Pero tenemos que aguantar...

Daniel: Y claro... ¡si no tenemos un mango!

32.

(Cristina y Juan José están charlando en la cama. Amanecer en Lugano. Clima de intimidad y armonía)

Cristina: ¡Qué terrible lo de anoche! Fue el alcohol, una vez más, el alcohol. Ya lo sabemos bien con mamá, a papá le gusta beber y lo peor es que, bebiendo poco, se pone muy mal. Yo diría que con un whisky, ya

está agresivo. El vino en general no le gusta. Es la bebida blanca la que le hace mal. Yo lo he sorprendido muchas veces en la cocina, cuando todos estábamos mirando televisión y él se levantaba, sirviéndose un whisky bien abundante. No le gustaba que lo viese y una vez, medio en broma, medio en serio, me dijo: “No le digás nada a tu mamá que se pone nerviosa”.

(Silencio. Juan José la deja hablar)

Sí, fue una vez más el alcohol, porque la situación era tensa, pero era papá el que nos había invitado. Yo había decidido no ir, aunque me dolía porque era el cumpleaños de papá, pero después casi a último momento vos dijiste “vamos” y fui. ¿Por qué no iba a ir si él nos había invitado? Me asombró tu coraje y tu transparencia, y también tu deseo de que yo no quede mal con mi familia. Te arriesgabas a que papá saltase, para papá también era un mal trago. Todo iba bien, inclusive todos vimos cómo hablabas y bailabas con mamá, que estaba hecha una reina. Creo que a papá eso no le habrá gustado nada, pero eso no es motivo. El motivo fue el alcohol. Ahí papá, rodeado de sus amigos, se obnubiló. Y le salió mal, porque quedó por el suelo. Pésimo. Increíble. Pobre mi hermano que llegó tarde para ayudarlo, yo creía que se te iba a ir encima, pero no, se quedó en el molde. ¿Y ahora? ¿Cómo sigue esta historia? Yo voy a tratar de que se reconcilien, pero el asunto es difícil, requiere tacto y tiempo.

Juan José: *(con mucho cariño, aparentemente cambiando de tema)... te voy a contar un recuerdo que me ha seguido toda la vida... hasta ahora... ¿querés?*

Cristina: ¡Claro que quiero!

FLASHBACK

(Una calle pituca de Buenos Aires, por ejemplo en Recoleta o Belgrano. Van caminando por la vereda Juan José y Deolinda, su madre. Él es un niño pequeño, de unos seis años, y ella una mujer joven y bonita, que camina naturalmente con elegancia y sensualidad. Se nota que es boliviana, y eso le añade misterio porque es blanca, pero también se nota la modestia del

origen en la forma de vestir, en las bolsitas que llevan. Se acerca en un auto costoso, importado, un hombre de unos sesenta años o algo más, se nota que es del barrio o de una clase alta. Se tiñe el pelo, se cuida. No hay nadie en la vereda más que madre e hijo.)

Hombre viejo: *(Desde adentro del auto)* Me encantaría conocerte... *(silencio)*. Claro que vas acompañada...

(Madre e hijo caminan cada vez más rápido).

Hombre viejo: Pero che, no te escapes ¿los alcanzo en el auto a algún lugar? ¿quieren subir?

Hombre viejo: ¡Cha que estás linda, mujer! Esperame que me bajo...

(Con lo que tarda en descender del auto y cerrarlo, madre e hijo ya están casi en la esquina. Casi corren, cabeza gacha, avergonzados.)

Hombre viejo: *(gritando bien fuerte, como para que lo oigan desde la esquina)*: ¡Bolita de mierda tenías que ser, agrandada, india sucia, soberbia, puta hija de puta!

Deolinda: Caminando rapidito, hijo.

Juan José: *(sin mirarla, mirando para abajo y obedeciendo)*: Sí, madre.

Deolinda: *(en voz más bien baja, a Juan José, pero también hablando para sí)*: No hagas caso, hijo... así son los hombres... cuando tienen dinero... creen que el mundo es de ellos...

Juan José: Sí, madre.

Deolinda: *(en voz más bien baja, a Juan José, pero también hablando para sí)*: Humillan a los pobres, hijo... y los bolivianos somos pobres, hijo...

Juan José: Sí, madre.

Deolinda: Tú no tendrías que sufrir eso, hijo.

Juan José: Sí, madre.

TERMINA EL FLASHBACK

(Silencio prolongado, Cristina está emocionada).

Juan José: Te cuento algo importante. Leí los documentos que encontramos en el placard ayer. Menos mal que somos profesionales y entendemos de esas cosas – bueno, bah, yo todavía profesional no soy pero...

Cristina: Ni me cuentes...

Juan José: Te tengo que contar porque está en nuestras manos...

Cristina: ¿Cómo en nuestra manos? ¡En las tuyas en todo caso! ¿Qué encontraste? ¡Hablá por favor!

Juan José: Pará, no te pongas nerviosa, te digo que está en nuestras manos esa documentación porque nos la llevamos juntos... no vas a negar eso ahora...

Cristina: Bueno ¿y?

Juan José: Es importante que lo sepas. Está todo el dinero negro de tu padre. La explicación de la chacra, de la cuenta afuera y otras cosas más. De dónde vino. Todo negro. ¿Te acordás de la señora esa, judía, que tu padre nombraba tantas veces? Bueno, ahí está todo explicado, le compró por chirolas propiedades y luego... En fin, son papeles muy pero muy comprometedores...

Cristina: *(se toma la cabeza y la inclina casi hasta tocar la mesa)* No me digas más, por favor, estoy perdida... *(Silencio)* No es que lo de mi papá me asombre, no. El tema es que yo no sé qué estoy haciendo aquí, no sé si estoy traicionando a mi padre por amor a un hombre que no quiere comprometerse conmigo, si estoy dejando hacer o estoy haciendo sin querer, o a propósito... Me gustan las cosas claras y ordenadas, y estoy en medio de la oscuridad y la confusión...

(Silencio. Juan José toma las manos de Cristina entre las suyas, ella levanta la cabeza y lo mira).

Juan José: *(siempre con las manos de Cristina entre las suyas)* Somos una pareja extraña, es verdad... Pero yo no la cambiaría por otra...

Cristina: *(lo mira con ternura y angustia)* Jurámelo...

Juan José: Te lo juro.

33.

(Sentados a la mesa de un bar, café de por medio, Juan José y Roberto. Día gris, de lluvia, están con impermeables. La conversación denota que Roberto está al tanto de las cosas de Juan José).

Juan José: Todo salió a pedir de boca. Cristina ya se había convencido de que no iríamos al cumple de Miguel. Eso implicaba romper con el padre. A último momento la convencí de lo contrario. Era mejor que fuéramos. Ella estaba entre contenta y temerosa, pero fuimos. Eso ya significó para mí una victoria: ella me sigue. Y con respecto al viejo, ir, era una trampa. Él nos había invitado, pensando seguramente que yo no iría. Pero al ir, lo puse en un aprieto. Le demostré que no le tenía miedo. Si él no actuaba, era un papelón para él, porque él sabía que yo sabía que él sabía lo del dinero. Si actuaba, era un papelón para él, porque me había invitado, y yo quedaba con las manos libres para reaccionar como víctima ofendida...

Roberto: ¿Y qué pasó?

Al principio, nada, Miguel se hizo toda la fiesta como que no me veía. Ni yo lo saludé. Y él en el molde. Me acerqué a Mercedes, que estaba rutilante, y la saqué a bailar. En cierto modo me la levanté, creo, delante de Miguel. A él no le quedaba otra que pelearme. Además, ya había tomado algo de alcohol.

Lógicamente que los que rodeaban a Miguel no sabían nada de nada y, yo pensé, ésta es la mía. Lo saludé al retirarme, bien visiblemente, y él no tuvo más remedio que reaccionar. Estaba pasado de bronca, y con un poco de alcohol demás. Yo lo venía observando.

Lo humillé delante de todos. Sabía que eso me puede costar la alianza con Cristina, pero me jugué. Si se pone de mi lado, buenísimo. Y si no, mala suerte. Pero en cualquiera de los dos casos, ¡que se olvide Miguel de la plata! Aunque quizás lo primero que yo haga es amagar, delante de Cristina, con devolverla.

Tengo como un cerebro que piensa dentro de mí ¿De quién es?

Roberto: Buena pregunta...

Juan José: Como me dice mi madre, sobrevivir no es fácil, vivir es más complicado todavía, pero vivir mejor requiere un esfuerzo tremendo... ya hay mucho veneno dando vueltas, Roberto... y habrá más novedades...

34.

(La escena se desarrolla en el dormitorio de Miguel y Mercedes. Son las nueve de la mañana. Ella duerme. De golpe, entra Miguel, vestido de traje y corbata. Irrumpe obviamente porque se olvidó algo. No trepida en hacer ruido. Abre la puerta de golpe, se dirige caminando fuerte hacia el ropero, lo abre casi violentamente, busca algo entre los trajes, luego entre las camisas, no lo encuentra, luego se dirige hacia la mesa de luz, abre fuertemente el cajón, no encuentra lo que busca y por fin abre una persiana lo suficiente como para que entre mucha luz de sol).

Mercedes: *(está horrible, con crema, antifaz sobre los ojos, bolsones en los párpados, despeinada, etc. Habla con voz de dormida con pastillas)* ¿Qué pasa, amor?

Miguel: *(muy angustiado y enojado)* ¿Cómo qué pasa, no te das cuenta? Estoy buscando algo *(sigue arrojando cosas, dando vuelta los cajones, con violencia)*...

Mercedes: *(se saca el antifaz, se arregla un poco, se sienta en la cama)* ¿Qué buscás, querido, te puedo ayudar?

Miguel: Son unos documentos importantes que hubiera jurado que estaban en la chacra pero no los encontré. Estarán aquí... claro que encontrar algo en esta casa...

Miguel: ¡Qué me vas a ayudar ahora, si nunca me ayudaste! *(sigue tirando cosas al suelo)*. ¡Mirate un poco, mujer, mirate al espejo, son casi las diez de la mañana, mujer!

Mercedes: *(tarda un poco, luego reacciona y lentamente dice:)* Eso no me lo decías cuando me levantaba varias veces por noche para amamantar a los nenes ¿no? O cuando tenían fiebre y vos dormías a pata suelta...

Miguel: *(ha dejado de buscar. Ahora está parado mirando a Mercedes. Se acerca a la cama, grita mucho)* Pero eso fue hace 25 años, mujer, ya te jubilaste de madre hace 25 años, y ahora qué carajo hacés ahí metida...

Mercedes: *(mejora su apostura, aún sentada en la cama y tapada hasta la cintura con las sábanas).* ¡Mirá, salí inmediatamente de aquí, borracho de mierda, flor de papelones te estás mandando últimamente, te he tenido que aguantar más de 30 años pero no pienso hacerlo ni un minuto más! ¡Andate, te digo, te he aguantado que me trampearas con tus secretarias y hasta con las mujeres de nuestros amigos! ¡Pero ya no te aguanto más! ¡Hace tiempo que lo vengo pensando!

Miguel: ¡Vieja y horrible, así querés que te coja! Separate y andate y vas a ver cómo te morís de hambre... Vida de bacana, eso te gusta, de día al pedo y de noche empastillada hasta las pelotas y dormir hasta...

Mercedes: *(se levanta de la cama, luce un camisón de seda con bordados color verde agua. Es alta y tiene un cuerpo armonioso. Ahora está en posesión de la escena).* ¡Andate ahora mismo o esto va a tener consecuencias muy graves!

Miguel: *(trata de no parecer asustado pero lo está. Ella avanza y él retrocede un poco, se da vuelta y grita fuerte:)* ¡Arreglá la pieza y no te hagas la... *(no se le ocurre qué decirle, trastabilla y luego sigue:)*... porque vas a dormir en la calle! ¡Son esas amigas que tenés ahora que te llenan la cabeza! ¡Y ese Juan José que se te subió a la pajarera!

(Se va dando un portazo. Mercedes corre a hablar por teléfono).

35.

(La lujosa cocina de la casa donde viven Miguel y Mercedes. Azulejos decorados, armarios modernos, enorme heladera con freezer, complejo

horno con varios compartimentos, piso de mosaicos grises plateados, lámparas de opalina retro y otras luces dicroicas. Es de noche. Claramente Miguel se ha despertado en mitad de la noche. Está en pijamas de seda a rayas. Despeinado. Sin anteojos. Con pantuflas. Ha prendido una sola luz, una dicroica que alumbraba una mesada de mármol. El resto está en semipenumbra. Detrás de una puerta casi cerrada, está Mercedes, en camisón, muy prolija, muy derecha, muy entera. Se ve que lo ha venido siguiendo a su marido y lo observa.

Miguel persigue una cucaracha e intenta aplastarla con el pie.

Sus gestos son, demasiado violentos, un poco ridículos para su edad.

Mercedes lo observa detrás de una puerta semicerrada.

Está calma, su observación no es casual, tiene talante de investigación.

Miguel lo intenta de nuevo, con torpeza.

Su torpeza es mayor, su disgusto es mayor.

Miguel: ¡La puta que te parió, cucarachita de mierda!

(Mercedes pone cara de disgusto, que trasunta que la escena le parece violenta y ridícula).

(Miguel se saca la pantufla y pega varias veces sin dirección, errando).

Miguel: ¡Cucaracha de mierda, sucia, asquerosa! ¡En mi casa! ¡Te voy a reventar!

(Mercedes hace con la cabeza signos de “no” o de “no puede ser”).

(Miguel se agacha con visible esfuerzo para buscar por los zócalos la cucaracha, que ha desaparecido).

(Mercedes pone una mano en la puerta y parece que va a abrirla y entrar.)

(Miguel camina en cuatro patas, despeinado y con pelo cayéndole sobre la frente. Se golpea contra las paredes y contra las patas de una mesa bajo la cual camina).

Miguel: ¡No tienen un carajo que hacer y miren lo sucio que está esto! ¡Ni para eso sirven! ¡Pasto para las cucarachas, eso, la puta madre!

(Mercedes apoya su frente en la puerta. Detiene su entrada, que parecía inminente).

(Reaparece la cucaracha y Miguel la persigue en cuatro patas, con una pantufla en su mano derecha).

(Mercedes se sonríe con desprecio).

(Miguel está entre la ira y el llanto)

Miguel: ¡Uno se mata! y ¿para qué? Para vivir como en la villa, peor que en la villa, aquí ni coger se puede... y hay cucarachas, encima, las mujeres no hacen nada ¿o se harán a paja ellas también? Mercedes está elegante, provocativa cuando quiere, ¡las cucarachas no le importan!

(Mercedes dice cosas con su boca, pero sin emitir la voz.)

(Miguel sigue caminando en cuatro patas, se mete bajo una mesa para perseguir la cucaracha).

Miguel: ¿Qué hacés Miguelito? ¿Qué hacés aquí, querido? Mirá dónde estás, cheee! En el piso sucio de la cocina, buscando cucarachas, puaj! Mientras las mujeres la pasan bien...

(Mercedes tiene cara de mucha bronca).

(Miguel, al intentar ponerse de pie, se da con la cabeza contra la parte de debajo de la mesa y emite un grito de dolor.)

(Mercedes automáticamente hace un gesto de entrar.)

(Miguel queda como desmayado en el piso.)

(Mercedes silenciosamente se retira.)

36.

(El lugar es el mismo, la cocina de la casa, pero han pasado unas horas. Son más o menos las seis o siete de la mañana. Se oye que la puerta se abre y luego se cierra. Es Daniel que está entrando al departamento. Se oyen sus pasos, va hacia la cocina, donde la luz todavía está encendida. Ve al padre tirado en el piso de la cocina, como desmayado. Inmediatamente va hacia él).

Daniel: *(Le toma la cabeza al padre, lo da vuelta hasta dejarlo cara para arriba, le golpea suavemente las mejillas, grita:)* ¡Papá, papá! ¿Qué pasó?

¿Estás bien? ¡Contestame! *(Silencio)* ¡Mamá, mamá! ¡Vení rápido, a papá le pasó algo!

(Entra Mercedes, presurosa y con cara de terror:)

Mercedes: ¡Ay, por Dios, qué le pasó! *(se inclina sobre Miguel)* ¡Miguel, Miguelito, despertate, aquí estamos!

Daniel: Voy a llamar al SAME... *(busca su celular en el bolsillo)*.

Mercedes: No, pará, que ahí se despierta...

Miguel: ¡Ay!

Mercedes: ¿Qué te duele? ¿Dónde te duele?

Miguel: *(lentamente y con alguna ayuda de Mercedes y Daniel se da vuelta, se pone en cuatro patas y luego se pone de pie, camina arrastrando los pies. Mientras hace todo esto, dice:)* No, no me duele nada, pero ¡ay!

Daniel: *(mirando a la madre con mirada de reproche)* ¿Y vos no sentiste nada?

Mercedes: *(un momento sorprendida y con la guardia baja, luego se repone y contesta)* ¿Tenés algún reproche, nene? ¿Por lo de ahora o lo de la otra noche? Eso fue de golpe. Fue de golpe. *(Rápidamente entra con su hijo en el clima de confianza que se ve que siempre tuvieron, incluida cierta complicidad)*. Yo no tenía idea de que eso pudiera suceder. Diría que hasta estaba contenta. Miguel, con sus amigos. Yo contenta, hermosa, bailando con Juan José. Cristina radiante. Vos y Yamila, felices. Y de pronto la hecatombe. El ridículo, el papelón. Delante de clientes importantes de Miguel. Delante de nuestras amistades más refinadas. Allí, el desborde total, que aún no alcanzo a comprender.

Quizá fue el alcohol que trastornó a Miguel. ¿O no le habrá gustado que yo bailara con Juan José? Yo entendí que las cuentas entre tu papá y Juan José estaban saldadas. ¿O no fue Miguel que la invitó a Cristina diciéndole que viniera con Juan José? ¡Yo fui testigo!

Me acuerdo de esos dramas griegos que comentábamos en el colegio. Pero esos tenían explicación. Éste de casa, es como si hubiéramos empezado por el último acto. Aunque la profesora nos decía que los protagonistas no entendían el drama que estaban viviendo. Que era el espectador solamente el que comprendía. ¿Será que eso me está pasando?

¿Quién me podrá explicar lo que pasa? Un psicólogo, un filósofo, un escritor, un sabio... ¿y mientras tanto? ¿Qué pasará ahora?

Duermo mal, tengo sueños raros, me enojo por cualquier cosa, me río de cualquier cosa. Al pobre Miguel lo veo cada día peor y lo peor es que ni tengo ganas de estar a su lado. Me hunde con su pesimismo. Odia al muchacho. Yo en cambio estoy con energía. El otro día me miré en el espejo. En serio. ¡Hacía tanto tiempo! ¡Vestida de fiesta, un lujo! Ese color turquesa y las gasas fucsias me sentaban re-bien. Mi figura está intacta y por suerte, gracias a mi madre, tengo muchos centímetros entre la cadera y la rodilla, y mis piernas lucen... en fin, me da vergüenza hablar de esto, Dani, y paso, punto final.

Otra cosa que me da vergüenza y la digo de frente: el muchacho me gusta. Para Cristina, claro. Le da el físico y la cabeza. No tiene *pedigree*, lo sé, lo sé. Espero no tener que encontrarme nunca con los bolitas de sus padres, y menos tener que presentarlos... pero él, él, es otra cosa.

La tiene clara, y la forma en que la conquistó a Cristina, bueno, es increíble. Y cómo lo enfrentó a Miguel, otra hazaña. Concretamente, lo hizo pelota. Además, como decía ese *best seller*, basta mirar sus manos. Son de quien se va para arriba, aunque a veces se deben de disparar demasiado para abajo...

Cualquiera puede darse cuenta de que estoy como loca con lo que está pasando en casa. No hay paz. Estamos locos. No hay diálogo siquiera. Vos no parás en casa. Prácticamente vivís en lo de tu novia. Me mirás a veces como si yo fuera tu enemiga, no sé porqué. Con tu padre, bueno, como siempre, nada. ¡Y con Cristina! ¡Como perro y gato están!

No puedo estar cerca de Miguel. Me parece que está sucio, transpirado, con mal olor. Olor a remedio, a remedio vencido, tiene.

Con Cristina en cambio me siento de diez. Salimos a hacer compras y me inspira. Me da ganas de vivir. Me gustaría, lo confieso, integrar un trío con ella y el muchacho... ¡Qué moderna estoy! Ya sé que no se puede...

(Daniel baja la vista)

37.

(Cristina y Juan José hablan por sus respectivos celulares, ella está caminando por Reconquista, sola, a la salida del trabajo y Juan José caminando por la calle, cerca de la casa de sus padres).

Cristina: Hola, Juan José, te estuve esperando...

Juan José: Hola, Cris, ¿esperando? ¿por qué?

Cristina: Me ibas a pasar a buscar a la salida...

Juan José: No quedamos en eso...

Cristina: Bueno, lo que pasa es que toda la semana me pasaste a buscar...

Juan José: Es que yo hoy había quedado en venir a lo de mis viejos... lo siento pero ni se me pasó por la cabeza...

Cristina: Hace media hora que te estoy esperando, si hubiera sabido me iba con María Luisa...

Juan José: Lo siento pero no fue mi culpa.

Cristina: Bueno, un malentendido más, si me pasás a buscar todos los días sin arreglar previamente, es lógico que yo piense...

Juan José: Yo en cambio pensé, cuando paso, paso, y si ella tiene otro programa yo me arreglo...

Cristina: Esta bien, yo ahora me entero entonces de lo que vos pensabas.

Juan José: Y... sí. Y ahora, imaginate, estoy llegando a casa de los viejos, mamá está recontenta y el viejo también, los dos están felices de que yo venga, no los voy a dejar...

Cristina: Obvio. Vos sabés cuánto los quiero. Mandales un beso de parte mía.

Juan José: Se los voy a dar. Ellos también te quieren mucho.

Cristina: Sí, el problema somos nosotros. La indecisión, la falta de compromiso...

Juan José: Indecisión no, Cris, por ahora estamos claramente separados...

Cristina: ¿Y lo de la otra noche, entonces? ¿Y la anterior? ¿Y la anterior?

Juan José: Bueno, no es un buen momento para hablarlo, pero... vos sabés que está todo clarísimo... Chau, lo dejamos ahí, ¿mañana nos hablamos?

Cristina: Chau, hasta mañana.

38.

(Juan José llega a la casa de sus padres. Es una casa humilde en una zona modesta de Villa Urquiza llamada "la Siberia". Casas bajas, chicas, grises. Unos metros cuadrados libres adelante, con un ficus y algunas otras plantitas, una puerta de hierro pintada con antioxidante, una ventana con reja al frente. Adentro, el piso es de baldosas. Al frente está el dormitorio de la pareja, y más atrás un living comedor chico, una cocina oscura, un baño, y otra habitación que antes usaban como dormitorio de Juan José y que sigue intacta. Los muebles eran modernos en los años 60. Hay signos de que son bolivianos: alguna manta, algún tejido puesto contra la pared, algún objeto de filigrana. Son las 21 horas, más o menos. Juan José tiene llave de la puerta y entra. Presencia los últimos tramos de una pelea entre sus padres, sin que lo vean.)

Deolinda: *(está en la cocina, terminado de preparar la cena)* ¿Te ha pasado algo en la calle, Remigio?

Remigio: *(se ve que acaba de llegar, aún está con el saco puesto. Además está visiblemente cansado y enfadado)* Nada pues.

Deolinda: He preparado algunas comiditas... ¿te acuerdas que viene Juan José?

Remigio: *(se saca el saco)* ¿Qué has hecho?

Deolinda: *(indica, sobre la mesa)* Esas quesadillas...

Remigio: *(prueba una, ensimismado)* No están sabrosas.

Deolinda: ¿Qué les falta? Les he puesto cebollín, les he puesto el quesillo que a ti te gusta...

Remigio: No están sabrosas, digo. *(Silencio)*. ¿Dónde has estado tú?

Deolinda: Comprando las cositas, preparando las quesadillas...

Remigio: *(Bruscamente)* ¡Y qué más! ¡Tú sabes a qué me refiero!

Deolinda: ¿A qué te refieres, Remigio? ¿Te he faltado en algo acaso?

Remigio: *(Deja de comer, está enojado, casi se alza de la silla)* ¡Tú sabes a qué me refiero, dilo tu!

Deolinda: *(asustada)* ¿Te disgusta que haya pasado a platicar con la vecina? ¿A eso te refieres?

Remigio: *(se pone de pie, golpea la mesa, toma el plato de quesadillas y lo voltea y rompe, las quesadillas se esparcen, grita muy fuerte)* ¡Con la vecina y con el vecino, mujer, lo sabes muy bien, es el vecino que se pavonea y te arrastra el ala!

Deolinda: *(aterrorizada)* ¡Tranquilo, Remigio, tranquilo!, tu bien sabes que yo no tengo nada con nadie...

Remigio: *(le toma fuertemente los dos brazos y la empuja contra la pared)* ¡Y que haces tu en la casa del vecino, entonces, porque tu eres blanca y él blanco también es! *(No le suelta los brazos y con fuerza tira el cuerpo de ella y su cabeza contra la pared)*.

Deolinda: *(llora)* ¡Ay Remigio por el amor de Dios!

Remigio: *(ya no grita, se habla a sí mismo.)* Puta, reputa, por el amor de Dios, por el amor de Dios te voy a dejar muertita la próxima vez que...

Juan José: *(carraspea fuerte, para que lo oigan. Se mueve y se hace visible. Los padres se recomponen rápidamente)* Hola, padres, ¿cómo están?

Remigio y Deolinda: *(al unísono)* ¡Hola, hijo!

39.

(La escena se desarrolla en el dormitorio de Miguel y Mercedes, en su casa, no en la chacra. Es de noche, después de cenar. Miguel está en pijamas (impecable) tirado en la cama viendo el noticiero nocturno de TN en la TV y Mercedes está en camión, haciéndose la toilette nocturna en el baño, con la puerta abierta. Se oye la voz de los operadores del noticiero).

Mercedes: *(entre burocrática y amable)* Querido... una mala noticia...

Miguel: *(silencio)*

Mercedes: *(se sigue peinando y poniéndose crema en la cara)*... la plata que me diste se me acabó. Y hay que pagar el lavavajillas nuevo, la cuota de las cocheras, y... bueno... otras cosas... ¡ah! Mi vestido para el casamiento de los Ervinski, fundamental... ¡y el regalo! Ya me olvidaba del regalo, ahí nos tenemos que lucir, Miguel, es gente importante para vos...

Miguel: *(primero, silencio, y luego, como comentando el noticiero:)* ¡Qué hijo de puta!

Mercedes: ¿Qué decís?

Miguel: *(malhumorado y casi como hablando consigo mismo)* Pero nada... estos tipos que están robando lo que queda del país...

Mercedes: Bueno, Miguel, no te enojés por cosas que no podés arreglar y solucionemos el tema que te decía...

Miguel: ¿Qué me decías? Ah, sí, que se te acabó la plata... bueno... la semana que viene veremos... según anden las cosas...

Mercedes: *(para de hacerse la toilette pero permanece en el lugar)* Según anden ¿qué cosas?

Miguel: Pará, pará que quiero ver cómo termina este *game*...

(Silencio)

Mercedes: ¿Terminó?

Miguel: Bueno, dale ¿qué querés?

Mercedes: Primero tengo que decirte que no pido nada para mí, salvo mis gastos normales. Y segundo que lo de la semana que viene no va: los pagos tengo que hacerlos esta semana. Y repito: ¿Qué es eso de “según anden las cosas”? ¿Acaso me estoy portando mal o me tengo que hacer la buenita?

Miguel: *(visiblemente sorprendido por la frontalidad de Mercedes en este último punto)* No, nada de eso, es que la empresa está floja en este momento... pero no es para aflijirse, por ahora, es un problema de *cash* ¿entendés? No es un problema estructural, en fin, veremos...

Mercedes: *(se acerca a los pies de la cama, se interpone entre Miguel y la TV y visiblemente enojada levanta el dedo índice de la mano derecha)* Mirá, Miguel, yo entiendo lo que querés decir pero no lo creo, porque tonta no soy. Y te aclaro que no pienso ocupar el lugar horrible que algunas de mis amigas tienen con sus maridos, robándoles billetes o inventando gastos o mendigando plata y pagando con sexo. Nuestro matrimonio nunca fue un paraíso pero ha sido honesto y no tiene porqué dejar de serlo. Te lo aclaro por las dudas, porque el tema de la plata últimamente se está convirtiendo en un tema...

Miguel: *(está aterrorizado y se nota, no sabe cómo reaccionar, dice en voz baja:)* Correte, Mercedes, que quiero seguir viendo el partido... después seguimos hablando... *(en voz más baja, casi inaudible:)* Además no sé de qué honestidad estás hablando si te dejás apretar bailando con mi enemigo...

Miguel: *(aprovechando que su frase anterior ha dejado a Mercedes paralizada)* ¿Cuánto necesitás al final?

Mercedes: Veinte mil. Con eso alcanza.

Miguel: *(saca la chequera, se sienta en la cama y apoyado sobre el portafolio hace un cheque. Habla para sí, llenando el silencio, previniendo que no ocurra nada:)* Veinte... mil...

Mercedes: Pero te aclaro que eso no soluciona ningún problema...

Miguel: *(irónico)* ¿Qué, necesitás más?

Mercedes: Yo no necesito nada *(recalca cada palabra)*. Es la familia la que necesita, te das cuenta que a mí ir al casamiento del hijo de Ervinman...

Miguel: *(interrumpe)* Ervinski.

Mercedes: ...bueno, Ervinski o Ervinman ¿qué más da?, no me va ni me viene, si voy es por vos...

Miguel: Por mí y por la empresa, que es la vaca lechera, como siempre fue...

Mercedes: ... sí, como siempre fue, pero ahora resulta que la vaca no quiere dar la leche porque yo bailé con Juan José en tu cumpleaños y quién sabe qué fantasías se están tejiendo alrededor...

Miguel: Bueno, tomá el cheque y luego hablamos. *(Le entrega el cheque, Mercedes lo recibe, él cierra el portafolio y se va del dormitorio)*.

Mercedes: *(Se dobla en dos, se sienta en la cama de espaldas a Miguel y llora visiblemente. Entre sollozos:)* ¡Todo está mal, todo está mal!

40.

(Un salón de fiestas lujoso y típico. Podría ser el del Hipódromo de San Isidro. Es evidentemente el casamiento de los Ervinski. Un gran salón con mesas redondas puestas para la cena. Están vacías. La multitud de invitados departe en un salón vecino donde se sirven salados fríos y calientes y hay un bar que da bebidas, además de los mozos que permanentemente las ofrecen. Es de noche. Es el casamiento del hijo de algún cliente de Miguel o del hijo o hija de algún matrimonio amigo de Miguel y Mercedes).

Miguel: *(Se sirve un vaso más de whisky. Está cerca del bar. En su cara se nota que ha bebido de más. La mano le tiembla un poco).*

Mercedes: *(Se le acerca, nerviosa)* Miguel, estás tomando mucho, te va a hacer mal.

Miguel: *(Se ríe nerviosamente y sigue tomando)*. Basta, querida, no tenés más idea que esa de que no beba. Hace como una hora que estamos acá y no pasamos al comedor...

(Cristina baila sensualmente una cumbia. Su pareja es Juan José).

(Miguel, Mercedes, Daniel y Yamila la miran).

(Juan José se acopla a la sensualidad del baile).

Miguel *(está al lado de Mercedes y dice)*: Yo no puedo creer que esta sea mi hija... al lado de ése se ha corrompido... ese tipo corrompió todo... seguramente él tiene los papeles que no encuentro... Mirala ahora a la nena, parece...

Mercedes: Vamos, viejo, es joven, es bonita, mirá con qué gracia baila...

Yamila: *(a Daniel, que está a su lado)*: Tu hermana está inspirada, hoy, está como en transe...

Daniel: ¡En transe, por favor!

La danza profundiza en sensualidad.

Miguel: ¿Qué estamos haciendo, aquí mirando? me da vergüenza, qué querés que te diga, mirá la gente cómo los mira...

Mercedes: A vos no te interesó nunca más que el qué dirán, qué dirán de esto, qué dirán de aquello... ¿Sabés que siente esta gente que mira? ¡Envidia siente, envidia de la juventud, querido!

Daniel: Mi hermana siempre fue muy enamoradiza y muy... no sé cómo decirlo... a mí me inhibía un poco, me daba vergüenza, quería ser al revés que ella...

Yamila: ...y cumpliste ¿eh? Te cuesta dar un besito ¿eh? Pero yo te quiero igual, así...

Daniel (*dirigiéndose a su madre, en broma*) Defendeme, mamá, mirá lo que me está diciendo Yamila, mamá...

Mercedes: La estaba oyendo ¡y tiene razón! ¿qué querés que te diga? ¡Y vos, Miguel, ni una gota más de alcohol ¿eh?!

Miguel: (*bebe más y dice algo por lo bajo, muy molesto*).

(*La danza profundiza en sensualidad*).

Daniel: (*estallando frente a unas posturas de los bailarines*): ¡Esto es el colmo, yo me voy!

Yamila: (*se ríe*).

Daniel: No me jodas, Yami...

Yamila: ¡Andate al carajo!

(*La danza profundiza en sensualidad*).

Yamila: Parecés un viejo, Daniel.

Daniel: ¡Otra vez, mamá, defendeme!

Mercedes: ¡Si tiene razón!

(*La pieza termina y Juan José y Cristina se acercan, riendo, tocándose cariñosamente, desprolijos. Miguel bebe más, disgustado*)

Mercedes: (*Nerviosa*) Bueno, Miguel, si seguís tomando me voy a casa y te dejo solo.

Miguel: (*En voz alta y que denota estar alcoholizado el emisor*) ¡Te dije basta! ¡Andate si querés! ¡No sé qué hacemos juntos aquí! ¡Pura parada! ¡De qué sirve el sacrificio de toda una vida!

Mercedes: (*Mercedes pasa vergüenza. La gente los mira. Ella se aleja de Miguel y se acerca a una amiga, con la cual comienza una conversación*).

Miguel: (*Miguel sigue tomando. Queda solo*).

Mercedes: (*Mercedes lo mira desde lejos mientras sigue conversando con su amiga*).

Miguel: (*Miguel deja el vaso al lado suyo. Se sienta, solo. Mira fijamente el vaso, lo hace girar con la mano, está sentado, agachado, su cabeza está a*

pocos centímetros del vaso de whisky. Su voz sale trabada. Le habla al whisky).

Vos sos lo único que me quedás, me parece. ¡La cariñosa hija contra el padre protector, la devota esposa contra el esposo sacrificado, el astuto novio contra el futuro suegro, y delito, desfalco, extorsión y violencia! ¡El jefe del hogar derramado por el suelo y las risas y sonrisas de desprecio de todos! Invité a Juan José sin pensar que vendría, sólo para probar de qué lado estaba Cristina, ¡y ella tuvo la desfachatez de traer a su novio, que sigue siendo su novio a pesar de haber estafado al padre de la novia! ¡Fue Cristina, no Juan José, la gran traidora! ¡Y su madre, que la apoya a ojos vista, hasta bailar provocativamente con el novio frente a mis nublados ojos! Estoy lúcido hoy. Veo con claridad el diseño infeliz que nos llevó hasta aquí. ¡La familia es un cadáver ya, y el buitre feroz y los gusanos voraces comen sus entrañas! Es necesario un fuego purificador, un ángel de exterminio, un *killer* vengador, que ponga en su lugar la jerarquía volteada sobre el fango, que restaure la justicia. ¡Sí, voy a vencerlos, a aplastarlos, aunque se me acorte la vida! Es una anormalidad, una perversión, una monstruosidad de la naturaleza, lo que está ocurriendo en esta casa que hasta ayer era buena, normal, natural. ¡Y ese ladino hijo de puta, de una puta boliviana además, vino a provocarnos con su enema espiritual esta diarrea espantosa! Una diarrea que no cesa. Y todos peleados. A mi hijo ni lo veo. Con Mercedes no sé qué pasa, me huye. ¡Y con Cristina, la hija que me ha dado las dulzuras del mejor de los vinos, el embriague del mejor de los perfumes, ahora sólo hay miradas torvas, fríos diálogos de cortesía, conversaciones adrede interrumpidas, saludos a la distancia!

¡Qué dolor, mi Dios, quién pudiera matar a ese arribista maldito! ¿Matar dije? ¡Y dije bien! ¡Quién pudiera matarlo! ¿Y porqué no? ¿Una muerte accidental? ¿O un anónimo asesinato? ¡Nunca recurrí a asesinos pagos, pero sé cómo conseguirlos! ¡Está justificado, oh dioses, en este caso!

Eliminar al gusano perverso, el que corrompe la manzana, el que pudre al fin todo el cajón de manzanas. ¿Porqué no eliminar al gusano?

Tengo amigos, tengo dinero, tengo relaciones, tengo coraje todavía. Me quieren convertir en una cucaracha, pero esta cucaracha revive, ¡se hace la muerta pero está dispuesta a dar un salto!

Y atención, que el *complot* ahora es de muchos. Casi, de todos. Tratan de excluirme, de avergonzarme, de matarme. La venganza, quizás, deba dirigirse también contra todos. En el fondo, eran traidores. Nadie está conmigo. ¡Oh Miguel, mucho es lo que te queda por hacer!

Mercedes: *(Mercedes está parada al lado de Miguel, le pone una mano en el hombro. Su voz ha recuperado algo de dulzura).* Vamos, Miguel, vamos, no estás bien...

Miguel: *(Miguel tira un brazo para atrás. Sin querer vuelva algo del whisky sobre la mesa. Su gesto es torpe. En voz demasiado alta dice:)* ¡Estoy perfectamente, dejame tranquilo, andate vos si querés!

Mercedes: ¡No seas pesado, es tarde, Miguel, vamos!

Daniel: Dejá, mamá, yo me ocupo... *(se acerca al padre)*

Miguel: *(Miguel se pone de pie con dificultad. Gesticula con los brazos. Sigue hablando en voz demasiado alta)* ¡Ya dije que me dejen solo! ¡Al fin solo estuve siempre, ahora me doy cuenta! ¡Soy un gil!

Mercedes: *(La gente los observa y Mercedes se avergüenza).*

Miguel: *(Miguel se pone de pie y bebe nuevamente de su vaso de whisky).*

Mercedes: *(Mercedes se va de la fiesta con paso decidido pero procurando no ser vista. Recoge rápidamente su abrigo, se lo pone).*

Miguel: *(Miguel torpemente trata de retenerla del brazo, pero no logra hacerlo y al intentarlo se cae. La gente se arremolina, algunos lo levantan. Finalmente Miguel se va tras Mercedes).*

(Mercedes está en la cocina del departamento. Está bien vestida, pero sobre su vestido se ha puesto un delantal. Está retocando alguna comida o haciendo una salsa. Es de mañana. Miguel todavía no ha ido al trabajo. Está vestido, como siempre, con un traje formal, pero sin saco. Así vestido entra a la cocina y le da un beso a Mercedes. Miguel está como vencido. Sobre la mesada hay una jarrita con aceite frío o algún otro condimento líquido que Mercedes está utilizando - salsa de soja, por ejemplo).

Miguel: *(acercándose cariñosamente a Mercedes, como pidiendo protección, le da un beso tomándola de la cintura)* ¿Qué tal, mi reina? ¿Cómo pasó el día?

Mercedes: Yo bien, ¿y vos? *(sigue cocinando)* Estoy terminando de hacer la salsa para esta noche.

Miguel: Buenísimo, esta cena va a estar de primera y para nosotros es muy importante quedar bien con estos...

Mercedes: ¡Ya lo sé, mi amor, ya lo sé, quedate tranquilo que está todo previsto!

Miguel: Gracias, querida, es que... *(Con la manga del traje tira la jarrita y el aceite o la salsa se desparrama sobre el pantalón del traje). (Muy fuerte:)* ¡Ay! ¡Qué imbécil!

Mercedes: *(reacciona de inmediato)* No te preocupes mi amor, ya te lo arreglo...

Miguel: *(se sienta en un banco de la cocina, se agacha y solloza. Su reacción es completamente exagerada pero sincera, no actuada. Denota que él está mal)* ¡Otra vez! Otra vez me vuelven a pasar estas cosas... ¡por favor!

Mercedes: *(consternada por la actitud de Miguel, no sabe qué hacer)* Pero Miguel si es una pavada...

Miguel: Una pavada que se repite y se repite... antes no era así, no sé que me pasa... estoy mal...

Mercedes: Haceme un favor, parate, calmate y traéme el limpiador de manchas del baño nuestro. Está ahí en la repisita...

Miguel: *(la interrumpe. No se pone de pie. Con voz que denota cierta culpa:)* No está, Mercedes, porque anoche cuando volvimos de la fiesta, vos ya dormías, me volqué otra cosa y usé lo que quedaba...

Mercedes: ¿Estás seguro?

Miguel: ¿Ves que hasta vos te das cuenta de que me falla algo? ¡Sí, estoy seguro!

Mercedes: Bueno, tranquilo, sacate el pantalón y le pongo sal ...

Miguel: *(sigue deprimido. Se para y se saca el pantalón despacio. Queda con camisa, calzoncillos, medias y zapatos. Le alcanza el pantalón a Mercedes)* ¡Qué desastre que hice!

Mercedes: *(pone sal sobre la mancha)* Bueno, Miguel, te vas a tener que cambiar el traje... y éste después lo mando a la tintorería.

Miguel: ¿Y cuál me pongo?

Mercedes: Ponete el nuevo, que te queda muy bien.

Miguel: ¿Y me cambio la camisa?

Mercedes: Sí, aprovechá...

Miguel: ¿Me pongo la a rayas?

Mercedes: *(levemente fastidiada)* Sí, querido...

Miguel: ¿Con cuál corbata?

Mercedes: Pero ¿qué te pasa, Miguel? ¡Hacía años que no me preguntabas esas cosas, parecés un nene, ponete las pilas por favor!

Miguel: Estoy inseguro, Mercedes...

Mercedes: No tenés porqué.

Miguel: Quizás sea la edad, pero además lo de Cristina me quebró el espinazo...

Mercedes: Te entiendo pero vos también tenés tu parte...

Miguel: Sí, pero además la cosa no va a terminar aquí, me parece que sigue.

Mercedes: ¿Qué sigue qué?

Miguel: No sé, pero si Juan José tiene en su poder una documentación que perdí, esto va a seguir. Hay mucho dinero de por medio, y yo estoy cansado, como vencido...

Mercedes: *(se sienta, toma un poco de agua que había en un vaso, se rearma un poco después del golpe que acaba de recibir y dice bien fuerte:)*
¡Ahora caigo, ¿por qué no me dijiste antes?! ¿Esos papeles que buscabas eran importantes? ¿Vos creés que los tiene Juan José? ¡Qué barbaridad, qué horror! ¿Vos creés que la cosa sigue y va a haber extorsión? ¿No estás exagerando, no estarás un poco paranoico?

Miguel: No, no es imaginación, es deducción. Debe de haber cosas reales que están pasando...

Mercedes: ¡¿Que están pasando?! ¡¿Qué está pasando, por favor?!

Miguel: Esos documentos... va a haber extorsión, si no me equivoco, va a haber extorsión...

Mercedes: Bueno pero frente a eso... ¡estamos unidos, Miguel!

42.

(La escena transcurre en la casa de la madre de Yamila, donde ésta vive. En el living comedor, ambos están sobre el sofá. Yamila ha ido a traer el mate. No hay en la casa nadie más. Es casi de noche, pero la madre de Yamila aún no volvió del trabajo).

Yamila: *(está cruzando el living comedor con el mate y el termo, y de golpe se desmaya).*

Daniel: *(sin palabras, se desespera, no sabe qué hacer).*

Yamila: *(comienza a recuperarse).*

Daniel: *(la pone sobre el sofá, le da un vaso de agua, la ayuda)* ¿Yamila? ¿Yamila? ¿Estás bien Yamila? Nunca te pasó esto ¿estás bien?

Yamila: *(recuperándose de a poco)* Sí, Dani, sí, estoy bien ahora, pero tengo que contarte algo, porque cuanto más tiempo pase peor va a ser. Estoy embarazada.

Daniel: *(queda paralizado).*

Yamila: No te lo esperabas...

Daniel: *(no responde. Se hace un silencio).*

Yamila: *(llora).*

Daniel: *(la abraza).*

Yamila: *(lo abraza).*

Daniel: *(llora).*

Yamila: ¿Qué pensás?

Daniel: Yo nada... y vos ¿pensaste algo?

Yamila: Pienso en mamá...

Daniel: Sí, tu mamá se va a querer morir...

Yamila: *(de golpe vomita sobre el piso).*

Daniel: *(la ayuda).*

Yamila: *(se repone).*

Daniel: *(la abraza)* No sé qué decirte, no sé qué siento...

43.

(En el departamento de Remigio y Deolinda. Living comedor y cocina están comunicados, sin puertas, casi formando una unidad. Deolinda está de espaldas al living comedor, cortando verdura y carne sobre la mesada. Remigio está en un sillón, mirando hacia Deolinda. Es casi de noche. Hay luz eléctrica. Se oyen ruidos y música, muy suave, del departamento vecino).

Deolinda: *(canta un antiguo aire español mientras prepara la comida).*

Remigio: *(la observa atentamente sin que ella lo sepa).*

Deolinda: *(canta y cocina como ensimismada).*

Remigio: Hacía mucho que no te oía cantar así, Deolinda.

Deolinda: *(se da vuelta)* Es que estoy más feliz ahorita, Remigio, como cuando era jovencita.

Remigio: *(sigue sentado).* Y porqué estás feliz, Deolinda.

Deolinda: Es que todo está acomodadito, Remigio. Has podido cambiar el taxi por uno nuevito, y Juan José tiene una novia que brilla, digna de él, me parece. ¿No te parece a ti?

Remigio: Yo no estoy feliz, Deolinda.

Deolinda: *(hace silencio. Luego reinicia el canto, pero en voz más baja).*

Remigio: *(se revuelve un poco en el sillón en que está sentado).* ¿Es que no te importa cómo esté yo Deolinda?

Deolinda: *(se interrumpe. Hace silencio. Luego le dice:)* Sí, me importa, Remigio, y tú lo sabes, pero yo nadita puedo hacer para mejorar tu suerte.

Remigio: *(más enojado)* ¡Sí que lo sabes, Deolinda, lo sabes muy bien!

Deolinda: *(nuevamente se da vuelta y hace silencio y luego comienza a cantar).*

Remigio: *(enojado ya)* Está claro que nada te importa ya de mí.

Deolinda: *(sin darse vuelta)* No quiero peleas, Remigio, no quiero pelear hoy...

Remigio: *(se enoja más, se pone de pie, se dirige hacia Deolinda. Le grita desde atrás).* ¡Nada te importa de mí, nada de tu marido, hace tiempo que no te importo ya!

Deolinda: *(no contesta. Sigue cocinando).*

Remigio: *(toma a Deolinda: de los hombros y la sacude).*

Deolinda: *(no ofrece resistencia).* Soltame, Remigio, soltame.

Remigio: *(la suelta, se da vuelta y una vez más reprocha a Deolinda:)* Nadita te preocupa de mi felicidad, sólo de la tuya y de la de tu hijo...

(La pareja está por bajar de un taxi en una esquina céntrica. Es de noche. Juan José, aparentemente sin querer, saca un billete de cien dólares de su billetera. Lo vuelve a poner en la billetera, paga con pesos argentinos y se bajan).

Cristina: *(con voz burlona)* ¡Quién te ha visto y quién te ve! Exhibiendo verdes ahora, el que no tenía dónde caerse muerto...

Juan José: Pero si no exhibo nada, no necesito exhibir...

Cristina: ¿Que no necesitás exhibir? Pará, pobretón, si exhibís todo, a mí, por ejemplo...

Juan José: *(se enoja)* No sé qué gano con exhibirte a vos...

Cristina: *(muestra que ella también tiene dólares en la billetera)*. ¡Mirá, ex pobretón, yo también tengo dólares y más que vos!

Juan José: *(se ríe)*.

Cristina: Hablando en serio: venís de una familia boliviana y estás alternando con la gente de negocios, eso exige exhibición, mi querido, exhibición.

Juan José: ¿Vos no tenés ninguna necesidad de exhibir, entonces? ¿Será por eso que te podés dar el lujo de andar con un hijo de bolivianos?

Cristina: ¡Es verdad, corazón, acertaste! ¡Puedo andar con el hombre que quiero, no preciso hacer méritos! ¡Y ahora, querido, vamos a bailar, a bailar cumbia, rock and roll y boleros! ¡A pasarla bien!

Juan José: Pero Cris, fuera de joda, no me puedo dar esos lujos, acordate que la sandwichería funciona pero hay deudas que pagar...

Cristina: ¡Todo para la sandwichería, todo para la sandwichería, desde que apareció la sandwichería la pareja está perdiendo! ¡Pago yo, pobretón!

Juan José: Sabés que eso no me gusta. Y en cuanto a lo de la pareja te digo: yo pienso en nuestro futuro...

Cristina: ¡Pero si el futuro es ahora, se nos está yendo de las manos! Vamos al local que te digo...

Juan José: No es así, sos vos la que te negás a pasarla bien, siempre pensando en el futuro y asegurándote compromisos eternos, flaca. Ya me conocés...

Cristina: Y vos a mí. Quiero tener hijos con vos, una familia, y no el año verde.

Juan José: ¿Ves? Eso es lo que te mata. Por ahora ni loco. ¿No podés disfrutar de que estemos juntos?

Cristina: No, Juan José, no me resigno, es una cuenta pendiente...

Juan José: No creas que me olvido. Pero ahora... ¡vamos a bailar, me convenciste!

45.

(Un salón donde se baila tango y cumbia. Hay decenas de parejas, algunas bailan, otras están a los costados en mesitas tomando algo. También hay solos y solas. Hay orquesta en vivo. En ese momento se baila un "lento").

Yazmín baila muy junto a un desconocido.

Roberto mira para otro lado, se hace el que no ve).

Roberto: *(dirigiéndose a un señor de la mesita de al lado, también solo, con quien ha entablado conversación)...* sí, vengo a menudo con esta amiga mía y con otras también, en fin, el local es bueno y la música es pasable y no es caro, además...

(Yazmín apoya su cabeza en el hombro del desconocido. Éste la besa en el cuello.

Roberto se revuelve en la silla. No puede sostener la conversación).

El señor de al lado: ¿Y qué otro local de este tipo me recomienda, usted sabe más que yo de eso?

Roberto: ... disculpe... ¿cómo dijo? ... no le entendí la pregunta...

(La mano del desconocido baja lentamente por la espalda de Yazmín.

Roberto se pone de pie. Mira a los costados).

Roberto: (*transpira, se pone de pie pero vacilando, mira a los costados y dirigiéndose al señor con quien ha estado conversando, le dice*)
Permisooooo...

(*La mano sigue bajando*).

Roberto: (*va en dirección a la pareja pero antes de llegar recalca en una mesa con comida. Se sirve un sandwich. Come un bocado grande y deja el resto sobre la mesa. Otros lo miran como a un maleducado. Tiembla y transpira más*).

(*La mano llega a la cola de Yazmín*).

Roberto va hasta la pareja. La toma a Yazmín de un brazo).

Yazmín: (*Parece despertarse. Luego se enoja*). ¡Salí! ¿Quién sos? ¡Soltá!

(*El desconocido desaparece*)

Roberto: (*apretándola más del brazo*) ¡¿Cómo quién soy, nena?! ¡¿Cómo quién soy?!

Yazmín: ¿Quién sos vos para andar controlando lo que hago, nene? ¡Mirá lo que hiciste! ¡Ofendiste a ese muchacho, mirá! ¡Explicame por favor quién te dio derecho a hacer esta barbaridad, pelotudo!

Roberto: (*enojado*) No te hagas la boluda, nena, no te hagas la boluda, andamos juntos desde hace años, hablamos, tenemos planes, y después te dejás franelear delante de mí, pero ¡¿vos quién te creés que soy yo?! ¿un boludo? (*la agarra del brazo y medio la arrastra fuera de la pista de baile*).

Yazmín: (*no vacila en armar una escena delante de todos. Se zamarrea para que Roberto la suelte y grita*.) ¡Pero vos te creés que yo soy tuya, pendejo pelotudo! ¡Voy a llamar a la policía! ¡Auxilio! (*la gente mira, comenta y algunos se acercan para ayudar a la mujer que grita*).

Algunos del público y de la gerencia del local: ¡Eh, soltala, soltala, eh, escenitas de celos fuera del local ¿eh?!

(*Salen juntos del local*).

Roberto: *(Ahora están en la oscuridad de la calle, solos.)* Escuchame loca, ¿estás en pedo? ¡Nos van a llevar presos! ¿Qué estás haciendo?

Yazmín: *(Entre gritando y llorando).* Mirá querido, mejor separémonos porque con vos no hay futuro, no pasa nada. Dejame en paz que baile con quien quiera, que me garche a quien quiera y pueda salir de este pantano en que me metiste y del que no puedo salir hace dos años...

(Roberto se desconcierta)

Yazmín: *(sigue acongojada)* Es así, man, es así. Y ahora dejame que me vuelvo al baile de nuevo... ¡y andate, por favor!

Roberto: *(permanece parado mirando hacia el hall por el cual Yazmín se dirige nuevamente al salón de baile, y en voz alta dice:)* Dame una oportunidad más, Yazmín, te lo juro...

(Ella lo llama con la mirada. Van a volver a entrar juntos, aún disgustados. En la puerta Roberto y Juan José se encuentran y se saludan con entusiasmo. La reyerta anterior pasa desapercibida para Juan José y también para Cristina, que lo acompaña. Las mujeres se presentan, entran los cuatro juntos al local y se ve que van a sentarse también juntos).

46.

(Las mujeres no están en la mesa. El local tiene menos gente. Hay humo, desorden, signos de que han pasado varias horas. Roberto y Juan José han bebido de más, aunque no están borrachos. Sí están proclives a hablar de más, lentamente y con una tonada teñida por el alcohol).

Roberto: *(con complicidad)*... aprovechemos que están en el baño, che, y contame ¿ésta es la mina que me decías en la Facultad? ¿Seguís con ella o es otra? ¿Y el laburo, lo largaste o seguís?

Juan José: ... te acordás de todo... te acordás de todo... Cristina es la mina que te conté... si... no vivimos juntos pero seguimos saliendo... y el laburo lo largué hace rato...

Roberto: ¿Y qué hacés?

Juan José: *(se entusiasma con la pregunta)*... estoy poniendo una sandwichería en Lomas, con un amigo de toda la vida, estamos a punto de abrir... ya todo el mundo me pregunta cuándo voy a abrir... va a ser una mina de oro, créeme... además es el sueño de mi vida...

Roberto: ¡Qué bueno, qué bueno, qué bueno, che! Habrás tenido que poner un dineral para montarla...

Juan José: *(sigue hablando lentamente pero cada vez más entusiasmado)*... la guita me la dio el padre de Cristina... bah, me la dio... es un decir...

Roberto: ... muchos dólares ¿no?

Juan José: Muchos... muchos, no tanto, pero unos cuantos miles sí...

Roberto: ¡A la mierda! ¡Me habías contado que el tipo era de guita! Y te tendrá cagando hasta que se los devuelvas, entonces... pienso... pienso yo... ¿no?

Juan José: *(como si se despertara)* ¿Cagando él a mí? ¡Estás en pedo! Pero si te cuento que tengo unos documentos que están en mi poder... que... bueno... lo comprometen mucho... él está como loco porque no sabe dónde están...

Roberto: Uy, uy, uy, qué bueno...

(Silencio. Se sirven más whisky)

Juan José: Apurate que vuelven las minas.

Roberto: Pensá si te puedo servir en algo. Estoy para cualquier cosa... y nos tenemos confianza... bah... somos amigos ¿no?

Juan José: *(está pensando en otra cosa)*...sí, claro...

Roberto: ¿En qué pensás?

Juan José: En que con tu ayuda podemos cagarlo al viejo y sacarle más plata...

Roberto: Contá conmigo. Ahora calladitos...

(Vuelven las mujeres, alegres, parloteando, sacan a bailar a sus parejas, Roberto y Juan José se siguen mirando a la distancia, discretamente, finalmente también se ríen).

47.

(En el living comedor de la casa de Yazmín. Llegan de vuelta del bailable. Todavía es de noche, y hay poca luz artificial. La escena transcurre sin palabras)

Yazmín: *mueve las caderas como si estuviera sola y bailando con una música interior.*

Roberto: *se le aproxima.*

Yazmín: *sigue haciendo lo mismo sin mirar a Roberto.*

Roberto: *comienza bailar torpemente delante de Yazmín.*

Yazmín: *sigue bailando como si estuviera sola. Su movimiento se hace más sensual.*

Roberto: *se aproxima más, deja de bailar.*

Yazmín: *alza los brazos al bailar. Sus senos suben.*

Roberto: *quiere tomarla de la cintura.*

Yazmín: *comienza, bailando, a dirigirse hacia una puerta.*

Roberto: *la sigue.*

Yazmín: *súbitamente prorrumpe en una carcajada fuerte, aguda, siniestra, y deja de bailar.*

Roberto: *se paraliza, queda estupefacto.*

Yazmín: *lo enfrenta y en su cara lanza una nueva carcajada del mismo tipo que la anterior.*

Roberto: *se desencaja, está por llorar.*

Yazmín: *lo toma del cuello, lo sacude.*

Roberto: *la toma de la cintura.*

Yazmín: *se suelta de las manos de Roberto: y vuelve a sacudirlo.*

Roberto: *tira hacia atrás la cabeza.*

Yazmín: *monta su cabeza sobre la de Roberto: y le da un beso fuerte, hondo, agresivo, prolongado y luego lo tira para atrás.*

Roberto: *cae sobre un sillón.*

Yazmín: *(agresiva y sensual a la vez) ¿Qué pensás hacer, chabón, para salir de pobre?*

Roberto: *(con cara de misterio y canturreando) Ya vas a ver... vení y te cuento... (pega unos golpecitos sobre el sillón, al lado de donde está sentado él, indicando dónde deberá colocarse Yazmín. Ella pega unos saltitos y se aproxima).*

48.

(Dormitorio del departamento que ocupa Cristina sola en Lugano. Ella y Juan José están durmiendo en la cama camera. Silencio absoluto. Son altas horas de la noche).

Cristina: *(está durmiendo y despierta de golpe, despavorida, es evidente que en medio de un sueño siniestro) ¡Ay! ¡No!*

Juan José: *(se despierta también, asustado, con los gritos de Cristina:)*
¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

Cristina: *(se sienta, agitada).*

Juan José: ¿Qué pasa, Cristina? ¿Te pasó algo? ¿Soñaste con algo?

Cristina: *(todavía agitada, sentada en la cama) Sí... me parece que fue eso... pero vamos a dormir...*

Juan José: Nada de dormir, primero contame que si no lo vas a soñar de nuevo, hacé un esfuerzo, a mí me interesa saber...

Cristina: Está bien, te cuento. Nada que ver con la realidad ¿eh? Es muy cortito... Yo estaba sentada con vos en el pasto y me caía en un pozo, tipo aljibe, viste, pero sin la parte de afuera. El pozo era muy profundo, me parece que era muy muy profundo, yo me iba golpeando contra las paredes de tierra y escuchaba carcajadas tuyas, terribles porque además repercutían dentro del pozo, como si fuera un audio, y eso me

angustiaba más todavía que caerme, era como si te burlaras de mí, no sé... *(Como avergonzada:)* Pero bueno, ya te lo conté *(se aproxima a él, lo abraza y lo besa, pero él está frío)* y ahora a dormir ¿eh?

Juan José: *(enojado)* ¡Qué sueño jodido, la verdad...! ¡Y qué papel de mierda el mío! ¿Será que vos en el fondo pensás así de mí? ¿Qué significa esto? ¿Te estás cayendo en un pozo y yo me río de vos?

Cristina: *(llorando)* Nada que ver, Juan José... ¿Ves porqué no te lo quería contar?

Juan José: *(se levanta de la cama)* No importa si me lo contás o no, el problema es que tuviste este sueño que te salió del inconciente y yo estoy en un lugar...

Cristina: *(llora más)* Pero qué se yo porqué sueño con algo, encima te lo cuento y ahora...

Juan José: ¡Yo me voy, nena, aquí estoy demás!

Cristina: *(se levanta y se acerca)* No, Juan José, por favor ni hagás eso, me siento como la mierda, yo te juro que no pienso eso y además no tuve ninguna intención...

Juan José: *(busca su ropa).*

Cristina: *(trata de impedirselo, se interpone entre Juan José y el ropero).*

Juan José: *(le grita, duramente)* ¡Salí de ahí, nena, vos y tus sueños, salí que si no largo la carcajada siniestra!

Cristina: *(se pone de rodillas, le toma las piernas a la altura de las rodillas e implora)* ¡Por favor, Juan José, por favor! ¡Si te vas no sé lo que soy capaz de hacer!

Juan José: *(le acaricia la cabeza, hace primero un silencio y luego dice:)* ¡Bueno, nena, está bien, no es para tanto, pero tenés que sacar de tu cabecita loca esas ideas perversas sobre mí que no sé de dónde salen! ¿De dónde te parece que salen?

Cristina: ¡Qué sé yo de dónde salen! Pero ahora que pasó lo del sueño, voy a tratar de ver de dónde vienen... de algún lado vienen y se me meten...

Juan José: *(vuelve al lecho y Cristina, abrazada a él, lo sigue)*

49.

(Una tarde de frío y lluvia. Detrás de los cristales mojados y algo sucios de un bar porteño de poca calidad, se los ve a Miguel y a Roberto sentados a una mesa. Hace rato que hablan. Roberto es el de siempre, aunque algo más nervioso, incluso tartamudea a veces. Miguel ha perdido su apostura. Está de traje y camisa blanca, sí, pero algo despeinado, con una incipiente barba desprolija, incluso su vestimenta está mal hoy. Sobre la mesa, dos cafés terminados).

Miguel: *(Con voz áspera. Sin mirar a los ojos a su interlocutor)*. Vuelvo a repetirle, joven, las fotocopias que usted trae están bien, esa documentación es mía y me la robaron. Me gustaría que me la devolviesen. ¡Pero pagar, ni en sueños! ¡No es peligrosa para mí, para nada! Se trata de asuntos viejos, liquidados...

Roberto: *(se expresa con mucha dificultad, selecciona las palabras, se traba, hasta tartamudea)*... la gente que me pidió que lo contactase, señor, decía que podía traerle serios problemas, con los impuestos, y también con la justicia... inclusive prisión... disculpe lo que voy a decir, no hago más que transmitir...

Miguel: ... diga nomás...

Roberto: ...por estafa y evasión...

Miguel: ¡Son sueños! ¡Creen que encontraron una mina de oro! ¡Cincuenta mil dólares! ¿Pero qué se creen que soy?

(Silencio. Roberto juega con la cucharita del café, haciéndola girar dentro de la tacita vacía. Miguel menea la cabeza, está pensando, algo transpirado, mal).

Miguel: *(mirando siempre hacia la mesa, o hacia puntos distantes del bar)*

Además, amigo, aunque usted no lo nombre... usted y yo sabemos de quién se trata, quién tiene esa documentación... y usted trabaja para él...

Roberto: ... yo ignoro, señor, ya le dije... hay una persona en el medio...

Miguel: *(como si Roberto no hubiese hablado)*... y usted trabaja para él... pero podría trabajar para mí...

Roberto: *(después de unos segundos de silencio, como sorprendido)*
¿Cómo, señor?

Miguel: Lo dicho, joven, lo dicho... podría trabajar para mí...

Roberto: *(al principio no entiende, luego parece entender, está abochornado, temeroso)*... yo le aclaro, señor, que mi función...

Miguel: ... no me aclare nada, piense, piense en usted, si al que le pidió que me hablase le pasara algo, yo le daría a usted el dinero que pide, contra la documentación, pero tiene que pasarle algo... serio...

(Silencio, tensión, Roberto tira la cucharita al jugar con ella, Miguel busca algo en sus bolsillos)

Roberto: *(habla para sí mismo)*... terrible...

Miguel: *(confundiendo)*... no dije terrible, dije serio...

Roberto: Voy al baño y vuelvo, señor.

Miguel: Lo espero.

50.

(Roberto se levanta, tropieza, llega al baño, no hay nadie, saca el celular, marca un número, lo atienden)

Roberto: Yazmín, hola Yazmín, escuchame, ayudame, te explico...

(Elipsis. Roberto vuelve a la mesa con Miguel)

51.

Miguel: ¿Listo, vamos? Ya pagué...

Roberto: *(muy nervioso, en voz baja, casi tartamudeando)* En ese caso serían cien mil señor...

Miguel: ¡Cien mil! ¡Qué locura!

Roberto: Piense que...

Miguel: No pienso nada, es extorsivo... partamos en 75...

Roberto: Ochenta, señor, ochenta, menos no puedo, hay que pagar...

Miguel: No me explique nada, ochenta y listo... espero sus noticias...

Roberto: *(se levanta, confuso, tropieza)* ... ya se va a enterar, señor...

(Se van casi sin despedirse)

52.

(En el living de la casa de Yazmín. Es de noche, bien tarde. Roberto está algo bebido. Trata de tomar el cuerpo de Yazmín de cualquier forma, y ésta graciosa y firmemente lo rechaza)

Roberto: *(con voz pastosa, mientras evoluciona alrededor de Yazmín)* Vamos a ser ricos, ¡ricos!, ¡ochenta mil verdecitos! ¡ochenta y todo para nosotros, Yazmín!

Yazmín: *(rechazándolo pero con una sonrisa y actitudes que le dan esperanza a Roberto)* Salí, negro baboso, salí, ahora tenés que usar tus pelotas para otra cosa, salí, andá a hacerte el valiente allá, y no vuelvas sin la guita ¿eh?

(Se serenán ambos) Ya es la hora, che. Te expliqué todo paso por paso ¿eh? ¿Te acordás bien? *(vacilando)* Me parece que tomaste de más para darte coraje... ¿Te acordás bien de todo, eh? ¿Llevás el revólver cargado y la navaja?

Roberto: ¡Pero sí!

Yazmín: “Pero sí”, nada, repetímelo...

Roberto: Primero voy a verlo a Juan José a la sandwichería, ya me está esperando... ya le dije que está todo arreglado para que me dé los documentos... le pido el celular prestado para hacer una llamada, una

vez que tengo los documentos en el bolso le tiro un tiro en una pierna y salgo corriendo... me llevo su celular y con la navaja corto el cable del teléfono... trato de encerrarlo con llave y salgo corriendo...

Yazmín: ¡Muy bien! Le tirás a las piernas ¿eh? Va a estar al lado tuyo así que no vas a errar. Y a esa hora en Lomas no hay nadie en la calle. Vas sobre seguro... ¿y después?

Roberto: Después me voy con los documentos a verlo a Miguel. Lo llamo al celular primero y le digo que mientras llego averigüe qué pasó con Juan José. Le doy los documentos, recibo los ochenta mil verdes y me encuentro con vos aquí, tomamos los bolsos y nos vamos...

Yazmín: Excelente, no se te ocurra tomar una gota más ¿eh?

Roberto: *(se nota que está muerto de miedo)* Vuelvo en un rato y salimos de raje ¿eh?...

53.

(En la sandwichería de Juan José. Es de noche, bien entrada la noche. El local está cerrado y oscuro. Por la calle no pasa nadie. Hay pocas luces).

Juan José: Aquí tenés los papeles, Roberto, pero si mi suegro se entera que fui yo, o no venís en una hora con los 25.000 míos, sos hombre muerto... así nomás te lo digo...

(Le entrega unas carpetas y Roberto las pone en su bolso. Está temblando, desencajado, bastante alcoholizado además, y cuando saca la mano del bolso tiene en ella un revólver. Le tira un tiro a Juan José, yerra, éste se mueve, Roberto lo persigue unos pasos, tira de nuevo al boleó, Juan José cae por tierra casi muerto).

Roberto: *(transpirado, enloquecido, en voz baja, como soñando, como hablando consigo mismo pero dirigiéndose al cadáver de Juan José)* Te dije o no te dije que tuvieras cuidado conmigo? Mirá lo que resultó... *(Sale corriendo a la noche).*

Juan José: *(agonizando, toma el celular, marca un número, atienden del otro lado, y él dice con voz entrecortada)* Roberto me pegó un tiro...

54.

(Roberto corre por el camino negro de Lomas. No hay nadie. Agitado, espantosamente perturbado en su dicción, toma el celular y habla con Miguel)

Roberto: Ya está todo, señor, averigüe señor, estoy yendo para allá ¿usted está ahí ya? ... ¿tiene la plata?... En media hora estaré allí, no se mueva...

55.

(No hay nadie en la city. Roberto se baja de un taxi y camina por una calle céntrica buscando el edificio donde se encuentran las oficinas de la empresa de Miguel. Va chequeando los números, camina mal, como de costado, trastabilla, finalmente encuentra el número y cuando va a tocar el timbre del portero eléctrico ve que Miguel se baja del ascensor y avanza hacia la puerta de salida. Está mal, con el saco mal puesto, despeinado y desprolijo, apurado además por salir, como si se estuviera escapando.)

Miguel: *(abre la puerta y se encuentra con Roberto. Éste intenta decirle algo, pero Miguel sigue su camino torpemente hacia la calle mientras dice, sin parar de caminar, mirando hacia abajo y con voz fuerte pero poco inteligible:)* ¡Lo mataste, animal, lo mataste! ¡Lo mataste, bestia, animal!

(Sigue su camino. Roberto queda absolutamente paralizado. Miguel empieza a correr, como puede, hasta la esquina, y Roberto hace lo mismo pero en la dirección contraria. Mientras lo hace toma el revolver del bolso y lo tira a la calle y sigue corriendo.)

56.

(Cada vez en peor estado, Roberto llega a la casa donde está el departamento de Yazmín, toca el portero nerviosa, repetida y largamente. Nadie contesta. Abre la puerta con su llave, entra.

Luego abre la puerta del departamento, también con su llave. Entra, las luces están prendidas. Grita, llorando ya:)

¡Yazmín, Yazmín!

(Nadie contesta. En el dormitorio de Yazmín está la televisión prendida, y un papel grande que con letra que muestra mucho apuro dice: “Roberto me fui. Ojo te anda buscando la poli”).

(Roberto queda nuevamente paralizado. Atina a irse del departamento. Cuando baja, abajo hay un patrullero con dos policías. Lo detienen y lo introducen en el móvil. Roberto llora).

57.

(El cementerio de Chacarita. Es el entierro de Juan José, en la parte pobre del cementerio. Están presentes Remigio y Deolinda, ésta desconsolada, desencajada, y Remigio más compuesto, consolándola. La escena es patética. Está también Osvaldo, muy conmovido.

Llegan Miguel, Mercedes y Cristina. Vienen caminando despacio, Cristina en el medio y sus padres le dan cada uno un brazo. Ella va caminando en medio de ellos y está alterada, mentalmente perturbada, como ida. Miguel está vencido, desprolijo como en las últimas escenas. Mercedes está más compuesta pero a fuerza de encapsularse, aislarse de la situación.

Cuando Cristina y sus padres llegan, Deolinda y Remigio se incorporan y los miran. Se produce un silencio lleno de tensión. La escena es lenta, tiene algo de sagrada. Mientras ella ocurre, Osvaldo, que no dice una palabra, tiene la cabeza baja como en oración).

Cristina: (se desprende del brazo de sus padres y avanza hacia Deolinda, lentamente, y la besa. Se abrazan. Lloran. A pesar de todo, se nota que Cristina está en parte ahí, en parte en otra parte).

Deolinda: Era mi hijito, era mi hijito, pues, él también te quería a ti...

(Deolinda y Cristina se van separando. Deolinda dice lenta y claramente, como al aire:) Pero hay otros que no sé qué hacen aquí... ya se sabrá quiénes son los asesinos...

Mercedes: *(picada, pero respetuosa, señalando a Cristina)* Ella quiso venir, Roberto ya está preso, ya se sabe quién lo mató.

Deolinda: *(mirando a Miguel)* Hay gente en las sombras, y ya saldrá la luz.

Cristina: *(casi como cantando)* La luz no resucitará las noches, no resucitará las caricias, no resucitará el brillo de los ojos ni la humedad de las lenguas.

Deolinda: Todo saldrá a la luz y prontamente, hijita, habrá venganza, porque la sangre llama a la sangre... *(Remigio la toma de los hombros y ella entonces calla).*

(Los padres dan nuevamente un brazo cada uno a Cristina y la van haciendo dar vuelta para irse).

Cristina: *(dando vuelta algo la cabeza hacia los padres de Juan José, pero mirando hacia el cielo, añade:)* Los pájaros beben la sangre de los muertos y la llevan al aire...

58.

(En el living de la casa de la madre de Yamila. Están sentados ella, Yamila y Daniel. Estos dos, uno al lado del otro. Yamila tiene una notorio panza de embarazada. Tiene el aura radiante que adquieren algunas embarazadas. Los tres están en paz. La escena se demora, no tiene tensión).

Madre de Yamila: ¿Cómo encontraste a tu hermana, Daniel?

Daniel: El *shock* le ha perturbado la cabeza, no se recupera, los médicos no dicen nada, por ahora seguirá en esa residencia, da pena verla...

Madre de Yamila: ¿Y tus padres?

Daniel: Irreconocibles. A casa no puedo ni entrar, me muero... mi vida está acá.. (*acaricia la panza de Yamila*) y acá... (*acaricia la cabeza de Yamila*).

(Yamila se torna la figura central, silenciosa, humilde y fuerte como una virgen románica. Su madre y Daniel la contemplan).

FIN